

LOS TRAZOS TORCIDOS

OCTAVIO A. LANDOLFI



2002-2012

LOS TRAZOS TORCIDOS



Los Trazos Torcidos

Colección de cuentos 2002-2012

Octavio A. Landolfi

..."Porque esta vida en que me sueñas se nos muere"...

Por renunciar al sueño
que nos empuja al vacío,
esta noche desesperada la
vida es un poco menos vida.
en este encierro absurdo
que nos desgracia el pensamiento,
me duelen los poros de tanto sangrar.
sueñas conmigo yéndome de tu lado mientras
se nos escapa el humo de entre los labios,
nos decimos adiós en un susurro y
muere el amor en nuestros brazos.

EL CIGARRILLO

AL FONDO DEL SALÓN

SI DE AMOR HE DE MORIR...

EL CLOSET

TÉ NEGRO

ESMALTE DE UÑAS

ESCALERA HACIA EL FIN

DOMINGO POR LA NOCHE

CLICK

LA CITA

THAT CLOUD QUE NOS PERSIGUE

EL HORIZONTE PERDIDO

CIELO Y TRANSGRESIÓN

BEATRIZ Y LA HISTORIA DEL HOMBRE DEL SOMBRERO GRIS QUE NUNCA
PARECÍA LLEGAR A SU LUGAR A TIEMPO

EL CHICO DE SHANGAI

MIENTRAS DORMÍAS

EL CIGARRILLO



Por renunciar al sueño ella entró al café en el que estábamos reunidos. *Hola Paloma*, dijo Gabby, estos son unos compañeros del trabajo. *Un placer*, dije con mi mejor sonrisa, *mi nombre es Arturo*. Su sonrisa, amplia y radiante, el pelo negro ondulado, los ojos grandes y ovalados del mismo color, todo sobre el trasfondo de una piel impecablemente color canela. Creo que lo que más me llamó la atención fue la forma en que ella me escuchaba, el cómo se encontraba irrevocablemente volcada en mi; ensimismados el uno con el otro como el viento lo está con las olas del mar. Hombre al fin, me dejé llevar por la vanidad y la irracionalidad que acompañan a cada proceso de coqueteo.

No te dejes llevar por los encantos de mi hermanito, le dijo Gabriela a Paloma, él está casado.

Ustedes son hermanos? Preguntó Paloma mientras me miraba pícaramente.

No, pero tenemos siglos conociéndonos, contesté yo mientras encendía un cigarrillo y le encendía uno a ella también.

Hoy me voy a quedar a dormir en casa de Gabriela, ya sabes que ella se va de fin de semana, y según tengo entendido ustedes viven en el mismo edificio. Me dijo Paloma unas semanas después. *Tal vez puedas subir a hacerme compañía, la soledad me da miedo* susurró mientras se alejaba de mí y me hacía un guiño.

Hay tres cosas que un hombre necesita para cometer un error; que sea prohibido, que sea peligroso y que sea mujer. Estos tres elementos se han conjugado para que esta noche yo me lance al vacío sin paracaídas.

Veo cómo el humo de mi cigarrillo sube y lo imagino acariciando ese cuerpo desnudo que dos pisos más arriba espera, con ansias, con malicia, con lujuria. Y aún en este momento sé que no debería subir, que si voy se iniciará una catástrofe. Que mi lugar está aquí al lado de la mujer que amo y que me ama, que no tengo nada que buscar dos pisos más arriba. Mientras sé todo esto, me levanto y tomo una ducha; me pongo ropa casual y le digo a mi esposa que se encuentra trabajando en la computadora, *vengo en un par de horas, voy a chequear el apartamento de Gabby, a alimentar a los gatos esos y a ver el juego en su pantalla gigante, cualquier cosa me llamas al celular;* O.K., responde ella seguido de un te amo que me quema la conciencia.

Por alguna razón he decidido subir por las escaleras en vez de tomar el ascensor. *Estúpido,* pienso, pero lo tomo como un tiempo para reflexionar mi próxima acción. Mientras subo lentamente una tormenta se desata allá

afuera. Me asomo por una de las ventanas de la escalera. Allá fuera, arropado por la tempestad veo una figura que me dice adiós mientras es arrastrada por otra hacia la oscuridad. *Deberían de andar con una sombrilla*, digo en un susurro mientras reanudo mi ascenso.

Apartamento 401, un nuevo rayo cae mientras abro la puerta. Claro que sé que está sin seguro, claro que sé que ella está en la habitación, claro que no sabía que ella se viera tan bien con tan poca ropa encima. Sus ojos y su sonrisa inician una reacción en cadena que desemboca en una erupción de lujuria que obnubila mi razón. Me sumerjo en su pelo, en la curvatura de su cuello, de sus hombros, de sus caderas. Recorro con mi piel cada centímetro de su cuerpo, sintiéndola, anticipándola y luego entregándome a ella mientras ella se entrega a mí. Deslizándonos por la pendiente de la lujuria y la perdición, dulce e intoxicante despeñadero carnal.

Mientras enciendo un cigarrillo una voz rasga el silencio postcoital. *Es una lástima que te hayas desperdiciado en tan poca cosa*. Mi esposa! Al girar hacia donde ella veo como ya abandona la habitación. Me visto en unos segundos y corro detrás de ella.

Y allí, parada en la puerta, con una sonrisa de triunfo, Gabby.

Pero tú estabas de viaje le digo anonadado y desconcertado. Estoy demasiado confundido para pensar y solo se me ocurre reírme, de su estupidez, de la mía, de su despecho, de mi recién adquirida marca criminal. La empujo a un lado y corro escaleras abajo mientras su risa retumba en las escaleras del edificio. Entro decididamente en mi casa y ahí la veo sentada; tranquila, con una copa de vino y un cigarrillo, disfrutando ambos y luciendo magistral, sublime, una diosa envuelta en la niebla de la inmortalidad.

No malgastes tu aliento Arturo, es mejor que te sientes y disfrutes conmigo los últimos momentos de toda esta eternidad que termina. Me dirige una

dulce sonrisa de compasión mientras me siento delante de ella. *Tu propia culpa se encargará de hacerte sufrir y créeme, esto no me hace nada feliz. Pero lamentablemente te lo has ganado, solo espero que sepas dejarme en paz.*

Te amo, balbuceo torpemente. Lo sé, yo te amo también, pero una vez te dije que no iba a estar con alguien que me engañara, así que espero que tengas una buena vida. Simplemente nos miramos y un tremendo dolor se fue apoderando de mí. Me levanté y abandoné el que había sido mi hogar por varios años.

Los próximos 18 meses me sirvieron para sumergirme en un estado total de anhedonia. Mientras los días iban pasando y el polvo se iba asentando sobre mi cuerpo, una extraña idea fue tomando forma dentro de mí hasta que un día logró levantarme de la cama. Desquiciado, empujado por una fuerza elemental, primitiva; salgo de la habitación que alquilé y me dirijo a ningún lugar, deseando con cada célula de mi cuerpo el poder ir al pasado y arreglar lo acontecido.

De repente mi mente se va aclarando y poco a poco me doy cuenta de que el mundo no ha cambiado, que solo yo he sido afectado por este año y medio de ostracismo. Largo el cabello y la barba, ando irreconocible, ajeno al mundo. Me dejo arrastrar por los pasos del tiempo, hasta que me encuentro delante del viejo café donde todo empezó.

En qué le puedo ayudar señor? Me pregunta el bueno Julio sin siquiera reconocermé. *Tráeme un café y un paquete de cigarrillos,* siento como si hubiese pasado una eternidad desde el último momento en que me senté en este lugar.

Me refugio en una mesa retirada, lejos de la posible vista de mis amigos, del mundo que ha continuado su curso sin mí. Aquí, en esta esquina, me pierdo

entre el humo de los cigarrillos y lo absurdo de mi dolor. Por momentos escucho la voz de mi grupo, llamándome desde el pasado, reclamando mi presencia, oigo aquellas memorias despidiéndose de mí... pero las memorias nunca han sonado con tanta claridad; peor aún, escucho mi propia voz.

Me levanto de repente y corro hacia el lugar de donde vienen las voces. Veo mi carro marchándose, conmigo al volante. Una mano fría aprieta mi pecho.

Julio, qué fecha es hoy? Le pregunto con ansiedad. *Hoy es viernes señor*, me responde un poco sorprendido. *Quiero la fecha, cuál es la fecha?* Le pregunto al borde de un ataque de pánico.

Hoy es viernes 31 de marzo del 2006 señor.

Un vacío me llena en ese momento, una silla, no lo puedo creer, cómo es posible? Luego de unos minutos en los cuales no puedo reaccionar, la fuerza elemental me golpea una vez más, el cómo he llegado aquí no importa, lo que importa es que estoy aquí y tengo la oportunidad de corregir mi error. Veo el reloj en la pared, 6:17pm, faltan como 2 horas antes de que suba al fatídico 401, tengo que correr. Literalmente, tengo que correr ya que me doy cuenta de que no tengo si quiera dinero para pagar la cuenta, así que salgo y empiezo a correr en dirección a mi casa mientras el pobre Julio grita detrás de mí.

A cada paso que doy me siento más lejos de casa, los pulmones están a punto de reventarme. Me detengo cada cierto tiempo a tomar un respiro y a mirar el reloj 6:45, 7:03, 7:27, 7:42, 8:05. Me duelen hasta los pensamientos. Pero llegué, llegué! He aquí la tormenta, en cualquier momento me voy a asomar por la ventana, tengo que darme prisa.

Tenemos que irnos Arturo!

Eh?! Quién eres?

Vámonos, hablamos de eso en el camino, tenemos una misión que completar. No! Grito mientras un rayo desgarrar la oscuridad de la noche. Déjame ir, tengo que impedir que yo me acueste con Paloma, toda mi vida depende de este momento. Eso no importa ahora. Por más absurda que me sonaran sus palabras, siento como si lo conociera de siempre, como si su presencia no fuera algo tan extraño, si no algo totalmente común. Arturo, tenemos que movernos ahora, vámonos!

Mientras me retiro miro hacia arriba y con lágrimas en los ojos me digo adiós mientras me dejo llevar por esa fuerza esencial que de alguna extraña manera me ha traído hasta donde me encuentro. Caminamos bajo la tormenta. Mientras, mi mente divaga en la confusión, qué hago aquí, cómo él me conoce, por qué no impedí aquel acto, causa principal por la cual estoy aquí, por qué y por qué tantas cosas.

Saco un cigarrillo y me detengo, él se detiene unos pasos después y se vuelve hacia mí. *Estoy loco verdad? Nada de esto hace sentido! Arturo, a mí tampoco me hace sentido, solo sé que tengo que salvar a un niño de morir; solo sé que en el futuro de algún momento que puede o no puede ser ahora, sentí una fuerza elemental que me empujó a venir aquí y que de casualidad te he encontrado. Y sé por alguna otra extraña razón, que estás aquí, al igual que yo, empujado por un instinto, por un algo inexplicable.*

El paisaje es hermoso, una serie de pinos forman una muralla al lado izquierdo del camino y detrás de estos se esconde una colina, coronada por una hermosa casa, que nos llama, que nos atrae hacia sí. Atravesamos el bosque y nos dirigimos hacia la casa, bañados por la luz de las estrellas, llenos de propósito, pero sin idea de qué, del para qué, y muchos menos del por qué.

Es aquí, le digo mientras abro una puerta. Dentro, una habitación con estanterías llenas de libros a ambos lados, un escritorio al fondo y un anciano fumando en una silla. Hola, pasen, en qué les puedo ayudar? Dice el anciano con un exceso de alcohol en la voz.

Habla con él, le digo a mi nuevo compañero, en lo que yo miro alrededor. Mientras él conversa con el anciano voy observando los artefactos de la oficina, libros, relojes. Un calendario, un calendario! 14 de agosto del año 2041. Qué demonios está pasando, no importa, no importa, no me puedo desenfocar, solo importa la misión.

Y ahí lo veo, un plato de madera colgando de la pared justo al lado de la puerta por donde entramos. En el centro un relieve de un joven, de medio cuerpo, con rayos de luz saliendo desde detrás de él.

Creo que lo encontré, le digo a mi nuevo compañero, no tiene nombre ni fecha, pero algo me dice que es él. Bueno, el anciano me dice que él no tiene mucho tiempo viviendo aquí, que todo esto pertenecía a los antiguos propietarios.

Salimos mientras yo enciendo un cigarrillo, la oscuridad aún nos envuelve, pero ahí, delante de mí se nos aparece una joven de no más de 15 años, mirándonos fijamente. De repente me doy cuenta de que ella sabe quiénes somos. *Creo que ella sabe quiénes somos, le digo a mi compañero, pero no puede ser, estamos en el 2041.*

No Arturo, no estamos en el 2041, estamos en el 2023, me dice mi compañero mirando fijamente a la joven delante de nosotros. Ella es mi futura esposa, Cristina. Vamos a tener 3 hijos.

Felicidades le digo melancólicamente, mientras recuerdo mi situación. Pero cuál es el punto, pregunta él, nunca supe que ella viviera en esta casa. Tal vez solo está visitando, mira ya se va, espero que no traiga a nadie con una

escopeta, mejor vayámonos, aquí ya no hay nada más. Caminamos hacia la carretera y empezamos a regresar hacia la ciudad, en silencio, lentamente. Vemos cómo el sol se levanta a nuestra izquierda e incendia las nubes cercanas a su punto de salida. El viento, el humo de mi cigarrillo, la luz.

Al llegar a la ciudad me doy cuenta de que él se ha desvanecido mientras caminaba detrás de mí. Abatido y cansado me detengo un momento en el paletero de la esquina de mi casa a comprar cigarrillos y café. Veo la fecha en un periódico, 12 de septiembre del año 2007. Por fin me encuentro en mi tiempo, no pude impedir que mi vida saliera arruinada y no pude salvar al niño ni saber dónde estaba. De repente, la mano fría aprieta de nuevo. Solo me quedan la soledad, la culpa y esta locura en ciernes que se va apoderando lentamente de mí.

Mientras arrastro mi vida por la ciudad, veo a un hombre que corre con un niño en un brazo y un arma en la otra. Una madre grita de desesperación. De repente escucho mi nombre y sin pensarlo corro hacia el hombre que tiene al niño de rehén. Adrenalina, tabaco, un golpe, un sonido ensordecedor, otro, el hombre cae delante de mí, el niño llora a mi lado en el piso, parece estar bien, todo empieza a perder su color, siento un fuerte golpe y me doy cuenta de que he caído al suelo, no sé donde estoy, muero.

Qué ha pasado en todo este tiempo, ah ya recuerdo. *Por favor, balbuceo, alguien, un cigarrillo.* Una mano toma un cigarrillo de mi bolsillo, lo enciende y me lo pone en la boca, mientras el mundo se desvanece a mi alrededor. Ese sabor en los labios, a tiempo pasado, a pasiones olvidadas, ese aroma que opaca el olor al tabaco. Mi corazón se acelera, lágrimas caen en mi rostro, lágrimas del cielo, ya no puedo ver quién me ha pasado el cigarrillo, quién llora por mí, pero lo intuyo. Me voy, lentamente me voy desvaneciendo, mientras una voz conocida desde siempre me susurra al oído, *por toda la eternidad.*

AL FONDO DEL SALÓN



Rosaura se sentó al fondo del salón, 1era fila de la izquierda al entrar por el norte. La misma posición que tomaba en cada clase. Un punto muerto desde donde podía mirar a Javier con calma, sin preguntas, devorando cada uno de sus gestos, deseando cada una de las hebras de su tupida melena negra.

Ya han pasado dos años desde el primer día en que lo vio. Fue en la línea de inscripción. Ella acababa de graduarse del colegio, con las heridas del bachillerato aún recientes, pero con todo el futuro por delante, como siempre. Se iba a inscribir en Publicidad, dibujaba bonito, todo era felicidad y promesas, emancipación, cambio de vida, futuro por delante... otra vez?

Que excitación, que suprema sensación de autorrealización, por fin ella iba a ser alguien en la vida, una oveja igual que las demás, trabajo de 8 a 5, universidad de 5 a 10, 4 años de idiotización sistematizada luego de 12 de normalización forzada. Al final estar absolutamente nada lista para salir a un mundo que realmente no la deseaba. Una realidad donde las calificaciones y el portarse bien no importaban, donde nadie te pregunta de dónde te graduaste ni cuanto sacaste. Estudiar para perecer detrás de un escritorio o encerrada en uno de esos ataúdes de la post-post-modernidad.

Pero ella no sabía nada de esto, para ella y para todos los demás esta era la entrada al paraíso, la gran esperanza de un futuro mejor, de un haber dejado atrás y de un tener todo por delante.

Para Javier la universidad sí que fue emancipación y libertad; bonche, chercha, coro, juntadera y colmado. Fue aquí donde accedió al camino aquel de Blake, el mundo era un banquete y él nunca iba a tener tanta hambre como en aquel centro de altos estudios, punto de partida de la línea. La línea donde Rosaura con sus ojos pequeños y profundamente negros va sucumbiendo a esa maldita reacción química que va desatándose dentro de

su ser. Respondiendo a aquel instinto primal que nos ciega y nos desboca. Delante de ella, Javier. Aburrido, con calor, totalmente hermoso.

-Hola, como estas? Que lindo te queda ese corte.

Y aquí se le partió el mundo a nuestra pobre Rosaura, fue con estas últimas palabras que Javier le desgració el futuro y el presente, dejándola con la sensación de tener un hoyo negro dentro de sí, succionando cada partícula de su ser.

-Gracias- fue lo único que ella pudo decir mientras se le sonrojaban hasta los pensamientos.

-Qué estudias? Yo voy a estudiar hotelería, me han dicho que ahí es donde se hacen los mejores bonches. Esa sonrisa, esa impostura, esa gracia natural. La fueron desarmando rápidamente hasta solo dejarla con *-Que raro, yo también voy a estudiar hotelería-* Qué?! Gritó una voz dentro de ella, pero ya era demasiado tarde.

-Que cool, vamos a ser compañeros, ya tu sabes haremos los trabajos juntos. Por cierto, mi nombre es Javier- Dijo mientras extendía una mano que ella deseaba tocar más que nada, pero que un oscuro presentimiento le decía que era el primer paso de una catástrofe.

Dos años y 30 materias han pasado y siempre Rosaura se ha sentado en la última silla de la 1era fila de la izquierda entrando desde el norte. Siempre detrás de él, siempre adorándolo, siempre dispuesta para él, siempre ausente de su vida e ignorada.

Varias veces habían estado juntos en grupos de trabajo y siempre se repetía la misma situación; ella no existía para él, siempre era la primera vez que se conocían. No era ni siquiera una cara familiar. Llanto, depresión, intentos de suicidio, reclusión y miseria. Simplemente miseria y expectación, espera.

Rosaura siempre lo esperaba. Como Florentino, vivía para verlo caminar, socializar, respirar. Pero moría de celos cada vez que veía una mujer a su lado, lloraba de rabia y maldecía a los dioses por el descaro de ellas, porque por supuesto él no tenía parte en nada de esto. Todo esto lo hacía en silencio, atrincherada en su última silla de la 1era fila de la izquierda entrando desde el norte.

Hasta que un día, mientras se cepillaba los dientes de arriba hacia abajo 11 veces, circular en las muelas 15 veces, 3 veces en la lengua, enjuague, gárgara, adiós, ya era suficiente ya es el momento de decirle adiós. En un segundo todas las grietas del espejo de su personalidad cedieron ante el peso de toda una vida que era de todo el mundo menos ella. Imaginó en su cabeza cómo iba a ser el final, mientras miraba la blancura de sus dientes, la redondez asimétrica de sus senos, la irregular curvatura de su cintura, las pecas que le cubrían los hombros, las facciones delicadas y finas que configuraban su cara y el pelo que les servía de marco; por qué él no la miraba, por qué no la deseaba de la misma manera en que ella lo deseaba a él?

Durante todo el día todo fue preparación, ceremonia, expectación, otra vez la jodida expectación. Todo debía estar perfecto para aquel último día, para aquel sacrificio, para aquel adiós. Cuando Javier entró al aula ya todo se encontraba preparado, cada paso había sido cuidadosamente estudiado para que aquella noche fuera especial, sobrecogedora, última. Javier tenía que ir a hacer un trabajo a su casa esa noche y era esta la ocasión que ella iba a aprovechar para confesarle su devoción y lanzarse entre sus brazos, entre sus labios, entre sus piernas, al vacío. O todo, o nada.

La clase fue como tantas otras, Javier siendo Javier y ella recluida en la prisión de su soledad, allá atrás en la última silla de la 1era... Ni una palabra, ni un hola, ni siquiera una simple mirada que la incitara a pensar en que él

estaba consciente de su existencia, nada más que otra grieta en el espejo. Pero por supuesto que no era culpa de él, era el *peer pressure*, era la sociedad, era el país, era el universo, eran los dioses los causantes de que él estuviera ciego a su amor. Pero ella se iba a encargarse de quitarle esa venda, de dejarla caer junto a su camisa, junto a la ropa interior de ella, junto a su virginidad. Sacrificio en el altar del adiós. Esta era la parte más importante, el adiós, porque Rosaura sabía perfectamente que después de esa noche no existiría nada más, luego de esta ceremonia solo quedaba el escape, el salto a lo desconocido, la renuncia mortal.

–Recuerda que vamos a mi casa a hacer el trabajo del profesor García. – le dijo ella al salir de la clase, con la cabeza baja, mirando a ese incómodo lugar entre la correa y los zapatos.

-Diablo, a mí se me olvido esa vaina... que te parece si tú lo haces y me mandas lo que me toca- le respondió Javier mientras le acariciaba el hombro y la bendecía con su mejor sonrisa, pero Rosaura no cedió. No podía permitir que esta, su única oportunidad, se desvaneciera. Sus padres estaban fuera de la ciudad, su hermana iba a revolcarse con el novio, todo estaba dado para que fuera esta la noche y ella no podía dejar que se le escapara.

–Te prometo que no vamos a durar mucho, hasta te voy a hacer cena-

–Ok, vamos entonces. A ver si salimos de esto rápido, tengo que llegar a donde Raquel, sus padres están fuera de la ciudad y...- Hastío y miseria.

Está de más decir que ella no abrió la boca durante el trayecto más que para decirle donde doblar y donde estacionarse. Al llegar al apartamento ella le brindó un trago y se disculpó un momento. Un baño rápido, nada de ropa interior, perfume en todos esos lugares que solo se perfuman cuando se pretende ponérselos a alguien en la cara. Todo cubierto con una simple camiseta blanca.

Ansiedad, horror, excitación, miedo y más miedo, pero ya solo quedaba abrir la puerta, cruzar esa última barrera y entregarse a lo inevitable, a la unión eterna de ambos cuerpos, es hora de darle la estocada final a esta tragedia.

Cuando la vio salir del baño, Javier se quedó desorientado, nunca había pensado que su suerte alcanzara para tanto, dos mujeres en una sola noche. Ya el trago que Rosaura le había preparado estaba empezando a hacer efecto. Ella se le acercó y lo tomó de la mano, rencor, humillación, envidia, deseo, masturbación, culpa, sufrimiento, amor, grietas en el espejo.

–Desde el primer día en que te vi he estado enamorada de ti... pero Javier ya no escuchaba nada, su razón se encontraba obnubilada por el deseo, poseída por esa bestia primal que secuestra la consciencia de los hombres, ese instinto natural de preservación de la especie, esa adicción maldita y ese trago tan dulce y tan...

–Lo he preparado todo para que esta sea una noche perfecta... pero ella ya tampoco escuchaba nada, solo sentía las manos de él recorriéndole los muslos, su respiración en su cuello, sus hermosos labios dibujándole cruces de fuego por el pecho, por el vientre, provocando ese calor que destruye familias y sociedades.

La ceremonia empezó, todo estaba preparado. Sus cuerpos se fueron fundiendo en una vorágine de pasión y deseo, las piernas de ella cerradas en su espalda, los labios de él gimiendo en su oreja, respirando el mar de su pelo, las manos entrelazadas, él yendo y ella viniendo, marea y destrucción, paraíso y olvido.

Ella empezó a devorarlo lentamente, con el deseo contenido de toda una vida de negación. La lujuria desatándose en su piel, cada centímetro como si fuera la carne de un dios. Replicando ritos antiguos ella lo fue consumiendo, saboreando cada partícula de su ser mientras él se deslizaba en la nebulosa

del deseo, en la inconsciencia de lo inmaterial, del placer sin límites ni fronteras. Cada mordida, cada gota de sangre, cada gemido una estrella que nace, que gira por la habitación y se desvanece cuando inicia la próxima mordida.

Cuando la ceremonia termine, ya ella no va a tener que esperar más al fondo del salón, en la última silla de la 1era fila de la izquierda entrando por el norte. No quedará mas dolor ni más tristeza. No habrá llanto ni miseria, no más espera, no más Javier, solo la digestión del amor y el adiós.

Al día siguiente mientras Rosaura entraba al salón de clases pasó por el lado de Raquel, -Qué raro Javier quedó de venir anoche, pero nunca llegó...- Rosaura se sentó en la primera silla de la primera fila entrando por el norte, mientras la conversación se perdía en el viento, desapercibida como siempre, pero aún con el sabor de él entre los labios.

SI DE AMOR HE DE MORIR...

La incertidumbre del deseo la había llevado hasta mis pies. Era dulce, era sencilla y sincera, tal vez un poco demasiado entregada para mí; pero exquisita y serena, como una ola que se arrastra lentamente desde los confines del horizonte, allá donde termina la cuadratura de la tierra y empieza el secreto de la noche oscura.

Nos besamos con pasión desenfrenada por cinco años y una madrugada. Pero el tiempo nunca nos duraba para nada y siempre me caían sus lágrimas en los labios, justo cuando era hora de partir, de decir adiós, de buscar una salida y un respiro.

Te juro que siempre la quise, que siempre la vi caer delante de mí con toda la pena que se puede sentir por una flor destrozada, por un gorrión desalado, por una canción hecha bachata. Pero querer nunca ha sido lo mismo que entregar la vida en un suspiro, a menos que se sea mujer, porque las mujeres aman con furia, con entrega, con una pasión rayana en la locura, pero no tanto ni tan lejos, pero casi cerca de esa línea que las separa del cuchillo en la mano a la hora de cortar el miembro.

-Dime que nunca me abandonarás- me pidió una noche entre 3 besos y una mano bajo la mesa, y por supuesto que *-por supuesto mi amor-* y olvidar aquella petición en el mismo momento en que sus labios tentaban mi cuello, lo marcaban con el fuego violento y despiadado del amor que ha de durar por toda la eternidad.

Muchas noches después, cuando ya el viento nos había secuestrado la novedad y solo nos quedaban la cotidianidad y las ganas de quedar sin ganas, de desabastecernos de totalidad, justo allí fue cuando nos dimos cuenta de que ella me amaba y yo solo quería escapar, de que nunca la había amado por lo que era, si no por lo que me daba, pero... siempre hay peros.

Primero las lágrimas y el remordimiento, luego el fuego aguerrido en sus pupilas instándome a combatir por una causa que ya no consideraba valedera, ni siquiera por una noche más. El caminar de espaldas hasta la puerta mientras ella caminaba de frente hacia mi pecho, con sus puños cerrados, con sus ojos desbordados por todo el sufrimiento que mis tristes hormonas descontroladas le causaban.

Solemos pensar en el amor como algo único, irrepetible, de edición limitada. Cuando en realidad el amor, al igual que un paquete de cigarrillos, se encuentra donde sea.

-...no es nada, ya verás cómo podrás volver a ponerte en pie, ya encontraras a alguien mejor que yo- Y adiós y puerta cerrada.

Mientras descendía los 4 pisos que me alejaban de la libertad solo pude recordar una vieja canción que una vez escuché en los brazos de una cualquiera...

Si de amor he de morir,
que sea en los brazos del viento,
arrastrada por el susurro eterno
de una canción desesperada.

Si de amor he de morir,
que el fuego consuma mi silencio,

y lo convierta en esa tonada eterna
que adorne el sueño que me espera.

Si de amor he de morir,
que caiga sobre tus hombros amado mío
todo el peso de este dolor ajeno
que has venido a sembrar en mi corazón.

Y fue entonces cuando la vi caer.

EL CLOSET

Esto es simplemente ridículo. Tic, toc, tic, toc, nunca el silencio me pareció tan incómodo, tan cargado de ruido y espanto y creer que una cosa no es una cosa. Cliché puro y sencillo, sentado en un closet, esperando que el gallo cante mi canción de libertad, que mande por fin al esposo a trabajar. Y aún faltan unas cuantas demasiadas horas, segundos, exponenciados en el vacío de la noche, de esta ansiosa condena que me ha tocado cumplir solo, por placer, por carne y por pecado.

Tal vez huir ahora, aprovechar el manto de la noche, huir. No. El solo pensar en la mano viniendo hacia mí, descubriéndome en mi escapada. El solo pensarlo me hiela el coraje e indiscutiblemente me empuja hacia la parada más cercana, tranquilo en el closet, esperando el sol.

Estábamos tan cómodos en el sofá, entregados a nuestros recorridos peligrosos, a marcarnos la piel de lujuria y besos prohibidos, unidos en la separación de nuestras vidas, absortos en el placer de la manzana mordida una y otra vez; cuatro vidas engañadas en un momento, extasiadas en el candor de unas llamas hace tiempo perdidas.

Y luego el sonido de un carro, la puerta de la galería que empieza a abrir. Nunca en mi vida había corrido tan rápido hacía la puerta más cercana, y entonces closet, y *-Mi amor y esto?, tú en cuera?- /-Esperándote cariño-* Y el insoportable sonido de la copulación animal, ajena, placer fingido y sin solución y yo sin poder encender un cigarrillo.

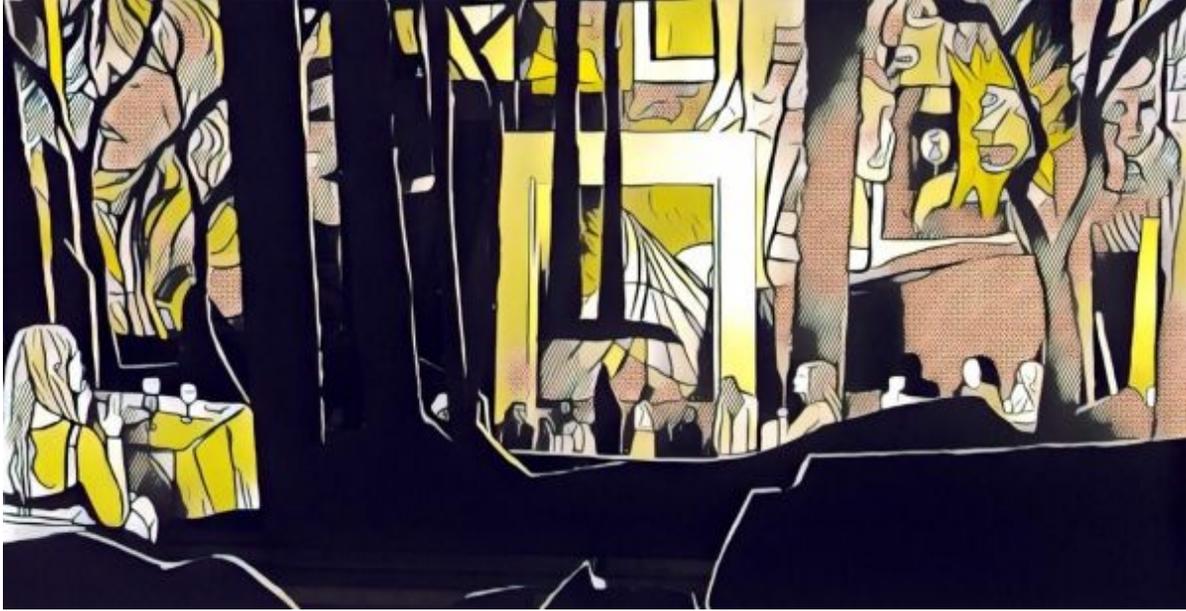
Cena, espera, luces parpadeando, alternándose entre la vida y la muerte, destruyendo mis nervios y destrozando el normal latir de mi corazón con cada click. Tic, Toc, tic, Toc, si sigo contando los mosaicos de esa pared me

voy a volver loco, ya falta menos, claro, creo que oigo un gallo cantar. Aurora me va a matar, pero no hay problemas, ya todo está arreglado, creo. Tal vez le diga que me atracaron, *-Y vinieron unos tigueres en un motor, me encañonaron y me dijeron que subiera/Qué, mi amor, pobrecito/, pero oye, deja que te cuente, me llevaron a las afueras de la ciudad y me dejaron botado, sin dinero ni celular, abandonado. Entonces tuve que caminar, aunque creo que en un momento de la noche anduve en burro por un rato, tengo un dolor en la espalda.-* Y problema resuelto. O tal vez le diga que me fui a dar unos tragos con el Bori, el pobre Bori con su corazón partió y su hiperalcoholización.

Pero claro, Aurora no se va a creer ese cuento. Ya ella me conoce demasiado, y el olor a otra mujer, y a closet, a humedad. No importa. Es su palabra contra 364 cuadritos y 9 horas sentado en la oscuridad, 2 escobas, 48 libros, un recogedor de basura, 3 corbatas, un sombrero, 3 tablas y 5 objetos no identificados. Quién guarda tantas porquerías en un closet?

Silencio, silencio y silencio, y miles de fantasmas enganchados detrás de mis ojos y en las cornisas de la oscuridad, por ahí por donde la fantasía se resquebraja. Malditos fantasmas, pero no voy a pensar en eso, lo que me falta es salir corriendo como un loco y gritando como una hiena herida. Mejor esperar y luchar con ellos mañana o el día después, porque seguro que ellos siguen aquí, si nunca me han hecho caso, y están en todas partes, en mi piel y en mis uñas, todas las marcas del pecado, todas las palabras partidas están pegadas a mi piel, pero silencio... oigo unos pasos, libertad, escape, por fin la puerta abierta y luz, tanta luz.

TÉ NEGRO



Aquí espero a que otra vez vuelvas a mi café, a mi vida; que vuelvas insolente y ajena a la ausencia que me produces, a que te sientes y abras tu libro. Que descaro, que dolor. Ya van dos meses desde el primer día que entraste a mi café, que en realidad no es mío, pero es donde existo afuera de la realidad, donde me escapo y descanso, respiro, tomo fuerzas. Y ahora tú.

Dos meses en los cuales toda mi vida se ha venido abajo, o tal vez ha ido para mejor. *-Qué te pasa Julián?, ¿Por qué estás tan extraño?-* Pero claro que a ella no le podía contestar la verdad. Primero porque no sé qué es lo que me pasa, es una nube en mis ojos desde que llegaste a mí café con tu indomable pelo negro y tu extraordinaria forma de ser ordinaria, poco llamativa, casi desapercibida.

Hasta Pablo pensó que no había nada acerca de ti *-Ni siquiera el cuerpo loco, nada, absolutamente nada.-* Todo perfectamente ordinario, *-¿Los ojos*

tal vez?- verdes y profundos, pero creo que es la atracción al vacío, o tal vez el aburrimiento, pero seguro es todo cayendo.

-*¿Qué es lo que te pasa?!*- Me gritó Lorena cuando no pude mantener una erección con ella. Pero ¿qué le voy a decir? que no sé nada, que una extraña mujer empezó a frecuentar mi café y que desde entonces todo se ha desgarrado a mi alrededor, si hasta puedo escuchar a la realidad descociéndose bruscamente, solo sé que desde que llegaste todo se ha ido al carajo.

Ni siquiera el nombre te conozco, pero siempre vienes, cada día a la misma hora. Pides un té negro y te sientas a escribir, a relatar algo que se me escapa y me consume, que me atrae hacia la oscuridad que nos separa. Esos trazos torcidos, esos dibujos en el papel, los voy sintiendo en mi piel marcándome, definiéndome, poniéndome los puntos y las comas.

Solo una vez me miraste, mientras fumaba con rabia por sentirme ignorado y estúpido, tu rostro apasionantemente etéreo y ausente, seductoramente casual y despreocupado, ajena a todos a tu alrededor. Y fue ese el día en que Lorena me gritó *-Impotente!*-, pero te juro que no hay otra. El llanto y la furia de los celos, desatada como una tormenta por toda la habitación. La copa estrallándose contra la pared, el vino tiñendo nuestros recuerdos mientras se esparcía por toda la alfombra.

Simplemente no pude. Cada vez que cerraba los ojos veía tus ojos, tu cara inexpresiva. Ella se movía sobre mí, con la misma gracia de siempre, como el mar, constante y violenta por momentos, explosiva y entregada, pero eras tú y el café y la mesa donde estás sentada. Tú encima de mí y todo el mundo, mirando, pendiente de cada gemido, de cada gota de sudor cayendo sobre la piel de las de tu jodido libro.

Lorena siguió preguntándome, cada día, a cada oportunidad y yo deseando, rogando por tu ausencia, pero tú siempre llegas a la misma hora; 4:42 de la tarde y ahí estás otra vez, mi pecado original, mi piedra en el medio del mar. Y todas las tardes, cual Prometeo sórdido y desgraciado, me presento a la cita. A nada, a mirar hacia el techo del infinito, a las hojas del árbol de allí afuera, a la rabia de una ciudad colonial que revienta cada día entre espasmódicos gritos de hastío y orgásmica novedad.

Ya no leo ni dibujo. Todo se ha vuelto espera y ansiedad; y jugar al gato y al ratón con tu mirada, buscándola desesperadamente para luego huir despavorido cuando la profundidad de tus ojos amenaza con secuestrarme una vez más.

- No puedo seguir así, eres otra persona. – Sí, he cambiado y no lo puedo evitar. Pero no me podías dejar, no hoy, no me dejes por ella. Y ahí estabas otra vez, en sus ojos, en su boca, en el silencio de sus gritos y el dolor y toda nuestra vida derramándose por el balcón.

Por fin llegas y te sientas en tu mesa, pero yo ya no puedo más y una mano destrozada impide que abras tu libro. -¿Quién eres?- Te pregunto abatido, resignado, pero más que nada absorbido por el terror, por el terrible terror de saber quien no eres, de robarte el cheque en blanco del anonimato y la ignorancia.

Con mucha calma quitas mi mano de sobre el cuaderno y me lo das a leer, tu rostro impassible como siempre mientras pides un té negro con esa voz atonal, irreal. Empiezo a leer las primeras líneas de la primera página

-Aquí espero a que otra vez vuelvas a mi café, a mi vida...-

ESMALTE DE UÑAS



Y de repente el silencio fuera y la espera y Lucía pintándose las uñas y todo está bien porque es normal.

-Oíste eso?- preguntó Raúl mientras se desprendía por unos segundos de ese libro que tan atrapado lo tenía con su trama y sus imágenes y sus palabras que se enredaban entre la lengua y los ojos y que iban construyendo castillos inimaginables fuera de esa ilusión.

-¿El qué?- Mientras una uña del pie se veía ahogada bajo la segunda capa de un color que nunca debió existir.

-El silencio- Y ese instinto básico de posicionar la cabeza de tal manera que “escuche mejor” hacia la dirección deseada.

-Te estás volviendo loco, ¿Cómo que el silencio? Gracias a Dios que hay silencio- Y otra uña más enterrada viva bajo el insoportable olor del esmalte.

-Shhh, hace un segundo que escuchábamos el radio de la sala, ahora no. ¿No te parece extraño? Sentado sobre la cama, el libro olvidado en la mesita de noche y el tremendo esfuerzo por escuchar, por atravesar la puerta de la habitación sin abandonar la cama.

-Que se yo, a lo mejor se apagó solo o algo, no seas tan paranoico.- Otra capa de esmalte en otra uña, porque es perfectamente normal, porque la música tiende a dejar de sonar, porque el miedo no anida en su corazón de esmaltes de colores extraños.

-A lo mejor es un ladrón, un asesino, peor aún un violador!- Y aún así no te levantas, tienes miedo de la oscuridad detrás de la puerta, de la mano empuñando el acero, del frío viento sobre tu cuerpo ensangrentado.

-¿Te gusta cómo me queda?- Con tanta naturalidad, con tanto deseo de que te agrade lo que a ella le agrada y tú enfrascado en el silencio, en la duda y la mano fría, en ese temblor que te recorre por dentro y no te permite levantarte

de la cama e ir en busca de eso que te espera, que aguarda justo al otro lado del miedo.

-Claro que me gusta- Sin entender muy bien el qué, convenciéndote de que sí te gusta, sabiendo que te tiene que gustar porque la verdad es dura, fría y usualmente mala compañera en el lecho del amor y el placer.

-¿Todavía estás paranoico?- Pero ella no quiere entender que algo está pasando, que una mano tiembla en la oscuridad, que unos pasos ajenos se acercan hacia ti en ese precioso momento de miedo y silencio. Y tú con tanta naturalidad, siempre obviando lo que parece tan obvio, la mano en el manubrio, sudorosa, temblando por la excitación animal del cazador, o de la presa.

-No es paranoia, es precaución- Y tratas de sonar convincente, tratas de mantener al miedo controlado, agarrado por los pelos y la encía, allá atrás, donde todo es mucho más complicado que solo volver a leer y olvidar el silencio.

-Entonces sal y chequéa que pasó con el radio. Y me traes un vaso de agua cuando vuelvas- Tan inocente, tan ajena a la mano, otra uña cae víctima del tsunami de color; pobrecita, piensas mientras la ves tan concentrada en sus uñas y su pintura existencial, porque al final todo es existencia y duda y oscuridad.

-Voy ahora.- Pero no te puedes levantar, la mano ya te aprieta la garganta, desde dentro y no te deja respirar mientras el silencio te pesa sobre los hombros y te mantiene pegado a la sabana bañanada en sudor, tratas de moverte pero no puedes, como en esas pesadillas que tanto te han acosado desde aquella vez.

-Y entonces corazón, ¿vas? Corazón de melón, dulce de frambuesa entre los labios, tu suave y dulce piel y tanto vacío y soledad entre la cama y tu piso,

donde vas enterrando a cada una de las uñas bajo ese horrendo color que me
nauséa. Tan alejada, tan totalmente tan.

-Raúl no seas tan pendejo, no hay nada ahí afuera.- El esmalte se derrama
sobre la alfombra mientras te levantas y te diriges hacia el silencio, hacia la
oscuridad. No te vayas, no salgas allá afuera, al alcance de la fría mano que
tiembla.

Pero ya es muy tarde, ya has cruzado el umbral y te sumerges en la
oscuridad, en ese misterio que espera allá detrás de la luz y la normalidad. Y
el esmalte que mancha la alfombra con ese color que ahora voy a tener por
siempre cerca de mí.

Pasan los segundos y no vuelves, el silencio se hace más opresivo y las
paredes se van cerrando sobre mí. Pero claro que todo está bien, por
supuesto que ella ya está en la cocina buscando el agua y un paño para
limpiar el esmalte que ahora mancha toda la habitación, que escala las
paredes y llega hasta el techo hasta derramarse sobre ti mientras esperas por
la mano, fría, temblorosa, oscura.

Todavía no llega Lucía, pero todo está bien. El silencio no significa
absolutamente nada, tan solo que ella debe de estar ahora en el baño,
subiéndose la ropa interior, o tal vez bajándosela, pero lejos, eso seguro,
lejos, perdida entre la oscuridad y el laberinto incompleto de la mano fría
que tiembla. Pero no te preocupes ya por el esmalte y las paredes y la mano.
Qué importa, tal vez eres solo tú. Tal vez todo es perfectamente normal y
esto no es más que otra pesadilla.

Decides por fin levantarte y es entonces cuando el silencio se ve ultrajado
por un grito desgarrador. Sabes ya que no es un sueño, que ahora todo es
verdad, que eso no es esmalte en las paredes y que la fría mano que tiembla
en la oscuridad siempre te va a acompañar.

ESCALERA HACIA EL FIN



Eliza se sentó al llegar a la mitad de la escalera. Era lunes y había que cogerlo con calma. Andar despacio, esperar a que cada una de las venas recibiera la cantidad debida de oxígeno, o si no... Pero todo andaba bien, no era como que el mundo la estuviera esperando. No era como que aquella escalera fuera un refugio, ni un escape ni mucho menos nada que tuviera alguna importancia real, fuera de ayudarla a ascender desde el punto más bajo hasta el punto más alto. Subir para arriba (no jodas), pero sí, es así. Buscar la barandilla y recostarse por unos momentos, pero ya esa parte pasó, ya Eliza no se encuentra recostada de la barandilla sino sentada a mitad de la escalera, en el descanso, esperando a recuperar las fuerzas perdidas en aquella mañana cuando salió huyendo de su casa, justo después de lo que pasó después de que se despertó de un sueño en el cual subía una escalera.

Pero el sueño se acabó en su momento más preciso y le dio paso a ese otro soñar que es la realidad, la vida, la existencia deshigienizada por la cotidianidad y la rumiandad de los transeúntes y los que no andan tan transeunteados también. Y el desayuno escolar, aunque ya hacía muchos años que había salido de la escuela, su madre siempre le daba la misma vaina, el mismo plato de lo mismo que siempre ha sido lo mismo, pero qué más da. Luego comer, despacito porque es de mañana y salir al patio a fumarse un cigarrillo, *porque a mamá no le gusta que fume en la casa*, aunque cuando ella no está lo hace. Pero ella casi siempre está en estos días, así que era mejor que ella saliera al patio y mirara cómo los pajaritos se habían establecido sobre la mata de mango, no tanto sobre como que dentro, o entre, allá arriba, en las ramas, toda una colonia de lindos pajaritos sin marca de identificación, ni lugar de fabricación, realidades objetivas ajenas a la egocentricidad humana, pero que más da.

El cigarrillo usualmente le duraba 4 minutos 47 segundos, pero esa mañana solo le tomó 5 minutos, más... un poco más, 13 segundos que podrían

cambiar la historia del mundo, que podrían alterar todo el devenir de un algo que dependiera de la exactitud milimétrica de lo que ha de suceder justo 13 segundos antes, pero que no se llegó a ejecutar porque los 13 segundos pasaron después. Pero este no fue el caso de Eliza, en su vida 13 segundos más o menos no alteraban absolutamente nada, ni el devenir de la tierra, ni la existencia de la humanidad, ni la hora en que le tocaba tocarse íntimamente debajo de la ducha antes de tratar de escapar a través de un orgasmos secular y rematado por gritos y gemidos contenidos y reprimidos.

Esto no es vida, pensará Eliza una y otra vez, pero no queda de otra, no queda de otra, no le quedaba de otra a la pobre Eliza que luego salió del baño y se metió, o entro, o penetró, o simplemente avanzó hacia su habitación, se desvistió de la toalla y se puso la ropa de salir a subir una escalera. Aunque todavía no sabía dónde estaba la escalera, pero sabía que en el otro sueño que no era esto si no lo otro, se había encontrado con una escalera y la había subido, la había ascendido hacia arriba, en búsqueda de eso que los orgasmos escondidos ya no le podían brindar. Y fue entonces cuando sucedió, salió a la sala y allí estaba. El vacío infinito de una sala de estar en la cual no estaba nadie, ni nunca habría de estarlo. Su madre yacía sentada con la cara dentro del plato, serena, olvidada, sepultada bajo años de polvo y desesperación, y soledad y llanto, y pérdida de la única hija que tuvo, aquella pobre muchacha que un día simplemente no volvió y se encontró estrallada contra la acera de enfrente de algo, porque siempre todo es el frente de algo, o de alguien, o de cualquiera. *Pobre vieja*, pero en la otra realidad, que era un sueño, ya su madre había revivido y la escalera nunca había sucedido, ni se había acontecido en ningún momento de la realidad. Así que salió de su casa, que ya hacía tiempo que había sido habitada por otras sombras que respondían a nombres diferentes y ajenos

que siempre se le escapaban, pero que habitaban esa casa desde hacía ya mucho tiempo, perdidos cada uno en sus propias nimiedades y simplezas y escaleras que suben y bajan a ningún lugar.

Eliza caminó hacia el sur con los brazos relajados y la frente en alto, consciente de que su realidad se veía demasiado oscura para ser un sueño, de que su sueño se veía demasiado real para ser la realidad, totalmente confundida acerca de dónde se encontraba, de qué había sucedido, de qué iba a pasar. Es entonces cuando llegó a ella, a ese tótem sagrado que se le venía encima en los sueños, que la esperaba y la perseguía. Allí encontró a la escalera que subía, una sola vía, *unidireccional*, sin paradas ni moriquetas.

Y ahí fue donde la dejamos, ya a la mitad de su camino, ya descansando y tomando aire y tratando de descifrar qué había al llegar a la cima, qué podía esperarla al cruzar ese puente de pontones con pasos y mortificaciones. ¿Qué la esperaba? Y fue justo ahí que reanudó su ascensión triunfal, totalmente desconectada del sueño y la realidad y el maniqueísmo en que le habían encerrado a la consciencia. Fue justo allí cuando empezó a subir, cuando el aire ya había vuelto a sus pulmones, cuando la realidad y el sueño se empezaban a colapsar, a reciclar, a volver uno, luz, oscuridad, orgasmo, grito, masturbación etérea de la cotidianidad que se desgaja cada mañana de cada lunes, pero si es lunes, claro que es lunes, todos los días son lunes y solo le quedan los últimos escalones, *ya nada me puede impedir llegar al al tope*. Pero no importa si es abajo o arriba, no importa si al final era esquina o muerte, o llanto de sirena escapada del manicomio, ya no importa el polvo sobre el esqueleto que una vez fue su madre, ni los gritos contenidos, ni mucho menos qué es lo que espera al subir el último escalón, porque justo en ese momento sonó de nuevo el despertador.

DOMINGO POR LA NOCHE

Domingo por la noche, otra bella y calurosa, muy calurosa, noche en el Caribe. Para variar no hay luz y me veo obligado a trasladarme a mi muy expuesto balcón a fumarme un cigarrillo. Ahí agazapado en la oscuridad veo como llega mi vecino, alguien le ha bloqueado la entrada de su parqueo, esto va a ser interesante.

Mi vecino es una persona muy extraña. Vive en el mismo piso que yo y aparentemente ostenta algún rango alto y misterioso en el gobierno, o probablemente algún puesto medio, no sé, lo importante es lo extraño que es. Después de meses viviendo en este apartamento fue que me enteré que la sombra que yo veía por el balcón de vez en cuando, mirando al vacío como quien espera que de repente todo se convierta en haz de luz y libertad, era su esposa. El vecino simplemente subía por las escaleras y saludaba, siempre con su cara de seriedad, siempre con su barba estilo otomano, siempre cortésmente alejado de la realidad.

Una tarde, para congraciarme con él y tal vez conocer un poco más lo que se daba tras su puerta, qué misterios podría albergar la casa de un personaje tan peculiar, lo invité a la puesta en circulación de la nueva edición de la revista. En todo el trajín de la noche, las presentaciones, los brindis, las conversaciones, solo lo pude vislumbrar por unos segundos, allí en el fondo, como un fantasma, observándolo todo, sin buscarme, solo observando. Cuando traté de encontrarlo ya había desaparecido.

Unas semanas más tarde, coincidí con él en las escaleras y le pregunté acerca de la puesta en circulación, *-todo muy, muy interesante, me tuvo que ir temprano por un compromiso, pero todo bien, todo bien-*, y siguió su camino.

Por cuestiones laborales mi mente se concentró en otras actividades y el vecino desapareció. Como un crucigrama olvidado en la mesita del baño, todo el misterio fue relegado a otro momento cuando el aburrimiento se apoderara de mi curiosidad.

Hasta que una noche la puerta de mi apartamento sonó. Eran pasadas las 10 de la noche, extrañado me acerqué a la puerta y vi al vecino, en boxers, con un t-shirt y un celular en la mano.

– Vecino disculpe la hora, pero me llegó un mensaje al celular de que llamara urgente, pero no dice el número ni nada, usted me presta su teléfono por favor, que yo el mío lo cancelé-, extrañado fui y busqué mi celular y se lo tendí, llamó a sus hijos y confirmó que todo estaba bien, luego llamó a un guardián de una casa que él estaba construyendo y el guardián no contestó, es aquí cuando el vecino

me propone que por favor lo acompañe, - *venga, así de paso le enseñe la casa*-, qué casa?, de qué me estaba hablando, lo próximo que supe estaba montado en su camioneta dirigiéndome a solo Dios sabía dónde.

En el camino me empezó a contar sobre un ladrón que le había robado no sé qué camioneta y cómo él había puesto una recompensa por la cabeza del tipo y luego silencio. Ya para el silencio yo estaba a punto de saltar por la puerta, eso sumado a lo oscuro y solitario del camino por dónde íbamos no hacían una muy buena combinación. Al fin, luego de unos cuantos intentos de ataque cardíacos y otros cuantos espantos, llegamos a la famosa casa. Nunca he visto, ni en los grabados antiguos, ni en ninguna revista, una casa tan extraña. Una sala bizantina, un solárium, una fuente con motivos árabes que caía justo en el centro del comedor, el patio con un jardín japonés, el eclecticismo llevado a su punto de rompimiento. Al final todo fue una falsa alarma, pero desde ese día guardé mi distancia, mientras el trataba de entablar una amistad. Pero esta noche el vecino está de mal humor, ya lleva 15 minutos tocando bocina y nadie aparece, todo esto va a terminar en lágrimas. Por fin el vecino decide entrar por otro parqueo, *Dios esta luz no va a llegar nunca*, desmonta a la familia y vuelve a ocupar la posición anterior. Sigue tocando la bocina.

Unos minutos más tardes, cuando ya todo el equilibrio, la paz, el sistema, se ha visto destrozado, otra camioneta similar a la del vecino llega a la escena, unas cuantas señas, otras cuantas palabras y el vecino se retira del lugar mientras la recién llegada se estaciona al lado del vehículo. Pasan los minutos y la luz no llega todavía, el carro todavía no ha salido. Ah, ya viene alguien saliendo y se devolvió. Seguro es uno de esos muchachos de la segunda que se la pasan fumando yerba y escapándose del mundo, mal momento tomó.

Al cabo de un rato el mismo muchacho sale nuevamente y se dirige hacia su vehículo, la camioneta baja el vidrio, el muchacho se acerca y de repente desaparece dentro de la camioneta, alguien descende, enciende el carro del muchacho y ambos vehículos se desvanecen en la oscuridad de la noche. No puede ser, así de sencillo, simplemente extraordinario. Bueno, espero que solo le den un susto, los castigos desproporcionados nunca han sido mi estilo. Mientras voy entrando al apartamento en busca de ese sueño tan merecido, vislumbro la silueta del vecino con el rabillo del ojo, allá detrás de su cortina, una sombra perdida entre la oscuridad de su apartamento.

Toc, toc, toc, toc, toc, toc... quien coño es, que hora..., 4 y media, que... - *Vecino que pasa?* –

-*Buenas noches vecino, le molesta si entro?*- una ola de frío me pasó por el cuello. [L]
[SEPP]

-*Disculpe vecino, pero tengo una señorita aquí y usted sabe cómo es.*-

-Entonces salga usted un momento le tengo que contar algo.-

-Deme un segundito y salgo. -

Cierro y la puerta y analizo mis opciones. Saltar de una tercera planta no tiene sentido, no tengo armas, no tengo si quiera un bastón, toc, toc, toc, toc, suavemente, lentamente, vaya sentido de la tragedia que tiene el vecino, demonios que puedo hacer?

-Vecino venga, nada más va a tomar un momento.- Tal vez si salto solo me romperé un hueso, tal vez pueda correr, ummm, mi grito tal vez despertaría a alguien, gritar, sí, eso es. Gritar como una puta bien pagada y que el vecindario entero me escuche.... nooo, demonios, toc, toc, toc.

-Ya voy.- Me dirijo a la puerta y confió a mi buena estrella, abro la puerta y el vecino me indica la puerta de su casa abierta, entro.

Todo a mi alrededor era tan extraño que no sabía dónde depositar mi vista, si en la escultura de un hombre sacrificando a una mujer, o en los grabados mesopotámicos que colgaban de las paredes. Tantas cosas, piezas históricas algunas, simples falsificaciones otras, colgando en todas partes, caóticamente, creando la sensación de estar en un laberinto, perdido, ofuscado. De repente la puerta se cierra a mis espaldas, por un momento me había olvidado de mi vecino.

-Cierro la puerta para que la señorita no se vea afectada por el sonido.- Ya en este punto estoy totalmente consumido por el miedo, sincero, primal, animal, ese miedo que solo se siente cuando la vida se ve amenaza, justo antes de saltar a lo desconocido, ese miedo de dejar de existir.

-¿Y su esposa?- Es lo único que mi cerebro puede articular. ^[SEP] *-Ah, ella.-* Dijo en el tono más despectivo que nunca pude imaginar. ^[SEP] *-Está en casa de su madre, algo de alguien enfermo. ¿Desea una copa de vino vecino?-*

-En realidad me tengo que ir a acostar de una vez, tengo trabajo mañana y estoy trabajando en un nuevo estudio así que desvelarme no me conviene así que si me disculpa...-

-Deténgase vecino.- No sé qué me impresionó más, lo bajito que lo dijo o la fuerza que le imprimió.

-Pasé por aquí por favor-, mala señal, el vecino me está indicando una puerta que da a una habitación oscura, no creo que de verdad me interese entrar, pero demonios, esta curiosidad. Además, qué es lo peor que puede pasar? Somos todos adultos aquí.

Lentamente voy caminando hacia la habitación. El vecino, una estatua ilegible trastornada por los contrastes de la luz y las tinieblas que se deslizan por toda la casa. Por un momento, siento que las sombras se mueven, rotan de un lugar a otro.

Pero sé que nada va a pasar. Que es todo el producto del sueño y el miedo irracional que nos acompaña desde aquellos años en que vivíamos en las sombras. Es por esto que cuando entro en la habitación me siento aún más sorprendido que horrorizado cuando la oscuridad se vuelve absoluta y lo único que puedo sentir es una mano fría apretándome el corazón.

CLICK



Cuando empezaste a morir, toda mi realidad se resquebrajó. Sí, ya sé, pero te puedo asegurar que suena más gay de lo que en realidad fue. Recuerdas, nos conocimos en la universidad, y desde el primer día nos hicimos inseparables.

Tú con tu muy correcta forma de ser, yo con mi disolutez fingida, un par de amigos forjados en las diferencias propias.

Aquella noche en que Ana me llamó y entre gritos desconsolados me dijo *-se nos muere Raúl-*, fue como si hubieran descargado una mandarina en mi cabeza. PUM! Y silencio y oscuridad y un vahído que me obligó a sentarme. No sé si fue por rabia o por desesperación, pero aquella noche un cigarrillo sucedió al otro y al otro y al otro, mientras que con la mirada perdida en el vacío recordaba a ese hermano que ahora se me iba irremediabilmente.

-Coño, me vas a matar con ese humo- Decías cada vez que encendía un cigarrillo. *-No te preocupes, si acaso nos morimos juntos.-* Pero no nos moríamos juntos esa noche. Yo me quedaba en la vida y con la fuerza, la salud y el mismo cigarrillo encendido en mi boca, mientras tú te secabas lentamente en esa maldita cama de hospital.

-Voy- Cantó una voz desde dentro luego que toqué el timbre. Recuerdo que te fui a buscar para ir al cine con Amanda y Laura, recuerdas la cara de estúpido que puse cuando tu hermana abrió la puerta con ese vestido de lino blanco que tan bien le quedaba, y con sus ojos café, con su pelo negro y salvaje. Claro que lo vas a recordar, si lo primero que me dijiste fue que ni se me ocurriera, y te lo juro ahora que ni lo intenté, por ti hermano, porque iba a ser extremadamente extraño el llamarte cuñado.

Y fue justo ella quien me recibió afuera del hospital, con otro vestido blanco, y otros ojos café y otro pelo indomable y menos negro. *-Ana-* solo alcancé a decir antes de que sus brazos se cerraran alrededor de mi cuello y los dos ríos café confluyeran en mi hombro formando un mar de dolor y frustración y respuestas sin contestar. Allí nos quedamos por toda una eternidad, abrazados, buscando un consuelo que sabíamos que no nos podíamos brindar, nunca más.

-Me voy a comprometer con Amanda.- A veces creo que lo preparaste todo, yo con la taza de café caliente justo en mi boca, tú saltándome con eso, yo con el café en todas partes cafeinizando mi turbación y mi alegría y mis escondidos celos por tu felicidad.

-Pues felicidades, cuándo lo vas a hacer?-

-En la cena de esta noche en casa de Laura.-

-Te juro que si alguien me pregunta que cuándo lo hago yo, te mato.- Recuerdas cuanto nos reímos y cuanto disfrutamos aquella noche en que por supuesto tanta gente me preguntó que cuándo me tocaba a mí.

Los primeros días, todo fue duda y frustración. *-Puede salir de esta, mucha gente logra mejorarse.- -El dinero no es problema.-* y tanta gente yendo y viniendo por todas partes, y yo sentado afuera de la habitación mirando al vacío o fuera del hospital con un cigarrillo en la boca mirando al vacío, si es que realmente se le puede mirar a los ojos a esa absoluta carencia de algo.

-Sabes que esto te puede matar?- Me dijo esa voz tan lamentablemente conocida.

-Bueno como van las cosas creo que es esto lo que me mantiene sano.-

-Cómo estás?-

-Excelente Amanda, excelente. Y a ti y a tu novio como los trata la vida?-

-Sabes que no es tu culpa, fue simplemente...-

-Simplemente qué? Seguro que tú te debes de sentir aliviada de no haberte casado con un moribundo eh?-

Sabes que con todo tu ser correcto y no hacerle daño a nadie nunca te había visto llorar. Pero decía una lesbiana que una vez me quiso conquistar, que no hay dolor más terrible que el causado por un gran amor.

Llovía a cántaros, sábado en la tarde. Justo cuando me proponía a sumergirme todo el día en el cuerpo de Gina, alguien golpeó mi puerta. Por

alguna extraña razón me sonó a Edad Media e inquisición.

-Ignóralo querido.- Y como no ignorarlo cuando te lo gimen en la oreja de esa manera, pero la puerta seguía y seguía mientras ella recorría mi cuello con su lengua y la puerta y sus manos y la lluvia cayendo a cántaros, y ella arañando mis piernas y el NOC, NOC, NOC, y ella y yo y al final tuve que saltar de la cama, huyendo de esa trampa perfectamente deseable de placer y lujuria.

-Dame un segundo, tiene que ser algo importante para que toquen con esa insistencia.- Pero ese segundo estaba destinado a convertirse en un día y una noche que duró 7 meses más de lo acordado.

Estabas ahí en la puerta, empapado en lágrimas o en gotas de desesperación, todo el pelo en la cara, el trasfondo oscuro, mojado, miserable.- *Acabo de ver a Amanda con otro-* Y los llantos desesperados y Gina empeñada en hacernos café y nosotros empeñados en ahogarnos en esa botella de whiskey que yo guardaba para ocasiones especiales.

Oh Raúl, ahora que lo pienso creo que realmente te empezaste a morir esa tarde, creo que fue ahí cuando decidiste darte por vencido aún cuando te decía que todo iba a estar bien, que la ibas a olvidar. Pero sé que nunca me creíste, tú y tus absolutos, tu amor absoluto, tu mujer absoluta, tu dolor absoluto, tu muerte absoluta.

-No te preocupes viejo, así es que tiene que pasar.- Claro que me ibas a decir eso, tú y tu maldito estoicismo, pero claro que tú no te veías allí tirado en esa maldita cama, alejado de tus deportes, alejado de tu trabajo, seco y demacrado, más una mala imitación anoréxica de ti mismo, que el hombre que una vez conocí.

-No te apures, todo va a estar bien, con lo avanzada que está la medicina estarás fuera de esta cama en un par de semanas.- Por supuesto que te tenía

que decir eso, claro que te tenía que dar ánimos, coño Raúl te nos morías ahí en esa cama, que otra cosa te iba a decir?

-Viejo, no me mientas, ese no eres tú. Solo te pido que cuides de mami aunque sea hasta que yo me muera, ya Ana tiene a su esposo, pero mami está sola.-

-Claro que la voy a cuidar, pero solo hasta que te mejores Raúl, solo hasta que te mejores.- Me agarraste la mano con ese grupo de huesos y piel que una vez fueron tus manos y me trataste de reconfortar con una mueca que quise creer que fue una sonrisa.

Salí y lloré, lloré cuando Amanda me vino a consolar y la insulté, lloré cuando salí a gritarle a los dioses bajo la lluvia, lloré porque en toda tu maldita vida nunca le hiciste daño a nadie y ahí te nos morías mientras yo encendía un nuevo cigarrillo.

Nunca te dije que durante semanas perseguí al nuevo novio de Amanda, como tampoco te dije de cómo le partí la cara y lo mandé derecho al hospital con unos cuantos recuerdos de mi parte. Pero no te preocupes él nunca supo qué pasó, fue, llamémosle, una venganza silente, sin implicados, solo con víctimas y mucha satisfacción. Sé que nunca me hubieras dejado hacerlo, pero ya ves, para eso es que están los amigos, para hacer lo que tiene que ser hecho, aún cuando no se debe de hacer. Para cargar con los pecados de aquellos demasiado buenos para siquiera contemplar la idea de pecar.

-Puedes dormir aquí, pero de verdad que no tienes que hacer esto, estoy bien- Me dijo tu madre mientras me abría la puerta de tu habitación.

-Raúl me lo pidió, además Ana no puede quedarse por lo del bebé y el esposo. Yo sí puedo, así que dejémoslo así. – Mientras la confortaba con una sonrisa.

Recuerdo que tu madre siempre desconfió de mí, decía que yo era mala influencia, que le iba a dañar a su bebé. Pero ya ves, aún cuando traté y traté nunca me fue posible. Tal vez si te hubieras dañado un poco esto no hubiera pasado, pero qué más da.

Dos semanas más y tú muriéndote cada día más, los médicos no tenían explicación de que carajos te estaba pasando ni a donde iba a terminar aquella jodida película de suspenso animal.

-Cómo usted se atreve a decirme que no hay nada que puedan hacer, si quiere lo busco en Google y le digo qué es lo que tiene que hacer. Maldito curandero.- Le grité a tu médico mientras Ana me sacaba del hospital.

-No es culpa de ellos, están tratando de hacer lo mejor. Todo está en las manos de Dios.-

-Ana, déjalo ahí. Sabes muy bien que para mí Dios y Peter Pan están en la misma categoría. Eso es lo que más me rejode, que no hay nadie a quien culpar por esta mierda.-

-No blasfemes por favor.-

-Qué va a pasar, me va a dar Cáncer?- Le pregunté mientras encendía un cigarrillo y me alejaba de ella.

Todo estaba tan confuso en mi cabeza, dos semanas sin pegar un ojo, demasiados cigarrillos y demasiados tragos en mi cuerpo y tú ahí muriéndote a plazos, arrastrándonos a todos nosotros por el valle de la oscuridad, sumergiéndonos en un lugar al que tanto miedo siempre le tuve, ese jodido pozo del que es tan difícil de salir.

Ah, pero esa noche nunca se me va a olvidar. Ana y su esposo se quedaron con lo que quedaba de ti en el hospital, mientras Lucía (*te dije que tu madre me hizo llamarla por su primer nombre*) y yo nos íbamos para la casa a

descansar. Llegamos y ella sacó ese whiskey que guardaba para ocasiones especiales.

-Estás muy agitado y yo muy cansada, te aseguro que esto nos va ayudar a dormir mejor- Y hablamos y hablamos hasta que el litro guardado para ocasiones especiales se convirtió el primero de suficientes para que nuestras consciencias desaparecieran. Lucía me contó su vida en 349 palabras, sin comas ni signos de puntuación. Yo le conté la mía en 8, con comas, puntos y un gran signo de interrogación al final.

Al final, luego de mucha risa (*es tan extraño cómo nos podemos abstraer de la realidad por momentos y caer en esas neblinas existenciales que nos permiten reír entre la desgracia y llorar entre la felicidad*) llegó la hora de dejar la realidad a un lado y morir durmiendo. Lucía me acompañó hasta tu habitación.

-Qué voy a hacer ahora, sin hijos, sin juventud, sin nadie a mi lado.-

-Ah, no digas eso Lucía. Todavía eres una mujer joven y hermosa.-

-De verdad lo crees?- Y en sus ojos había tanto dolor y tanta pasión y tantas ganas de creer que lo que yo decía era verdad, de creer que nada de lo que estaba pasando realmente estaba pasando, de que todo era un sueño, de que era joven otra vez, esa mirada que tantas veces antes he visto. Y yo con tanto alcohol y tanto sufrimiento y tantas noches sin dormir y tanto yo habitando dentro de mí.

-Claro que eres hermosa.- Le dije mientras la besaba, mientras me sumergía en su pelo y su dolor, mientras sus dedos recorrían mi pecho rompiendo los botones de mi camisa, mientras mi boca marcaba con pecado su cuello y sus senos y su vientre, mientras su mano se aferraba a mi pene y lo besaba con fascinación y experiencia, mientras nos fundíamos uno sobre el otro hasta explotar de sexo y pasión y dolor. Justo ahí, luego del último gemido, sonó el maldito teléfono.

-Raúl acaba de morir- Me lloró Ana en el oído. Cómo decirle a Lucía, desnuda y venida a mi lado, que te acababas de morir, con qué fuerza o descaro podía yo hacer eso. Pero no hubo necesidad, ella lo leyó en la estúpida expresión de mi rostro y empezó a gritar.

Fui hacia ella *-Lucía-*, *-Noooo, aléjate de mí, qué hemos hecho? Lárgate de aquí.-* Y entre puños y gritos desgarradores me puse la ropa y salí de tu habitación, de tu casa, de tu vida que ya había dejado de ser tu vida y se había convertido en todo nuestro sufrimiento y nuestro dolor y nuestras ganas de no seguir viviendo solo para dejar de doler.

Pensé en ir al hospital pero sabía que tu madre me repudiaría, con toda su razón. Mientras su hijo moría, ella se venía con tu mejor amigo y en tu cama. Qué más daba, ya estabas muerto, ya ese que eras tú había dejado de ser tú, así que qué más da, ya no eras el que era, si no el resultado de esa maldita muerte lenta que nos había azotado a todos.

Caminé y caminé por días que en realidad fueron horas, que en realidad nunca supe cuanto fueron, hasta que por fin llamé a la única persona que sabía no me iba a insultar.

-Amanda, soy yo, cómo están todos?-

-Acaso no sabes lo que pasó?-

-Sí, se que Raúl murió, te pregunto por Ana y Lucía, como lo han tomado?-

-Entonces no sabes? Doña Lucía no lo pudo aguantar y... La encontraron desnuda en la cama de Raúl, con las venas abiertas de un tajo. Se desangró hasta morir y...-

Su voz se difuminó mientras el celular caía al piso, junto con lo que quedaba de mi sanidad. La pude imaginar, desnuda y venida, dolida, perdida, luchando contra el dolor y la culpa, maldiciéndome, reprochándose su

“debilidad”, su estar copulando en el momento en que su hijo se alejaba de la vida, acto creador en plena escena de muerte.

Ah Raúl, y es así como he venido a parar aquí, en tu tumba. Una vez me dijiste que realmente pensabas que algún día me ganaría el cielo, dijiste que no era tan desgraciado y maldito como otros pensaban, dijiste que la vida tenía un sentido del humor un poco negro y que al final siempre existiría algo que me salvaría y me abriría las puertas de la redención.

Es por esto que he venido Raúl, es por esto que tengo este revolver y esta bala que guardaba para una ocasión especial, es así como vengo a ponerlo todo en tus manos hermano, mis pecados y mi salvación, es tu llamada. Ya morir o vivir realmente me sabe igual. ¿Qué va a ser Raúl? Te toca a ti decidir...

Click...

LA CITA

Ya por fin llegó el día.

Bien lo decía la carta -presentarse a la corte el viernes 14 de marzo a las 9:00 am- ni un minuto más, ni un minuto menos.

He estado enfermo toda la semana y hoy no es el día en que mejor me sienta. Pero tengo que ir, tengo que acabar de una vez por todas con esta maldita espera, esta angustia que me sigue a todas partes, que nubla cada rincón que visito.

Bañarme, agua, jabón, agua, jabón, agua, shampoo, agua shampoo, agua; todo luce tan fácil, tan desproporcionado y sobrecogedor al mismo tiempo. Para qué bañarme si tal vez vaya a la cárcel? Pero también, este podría ser mi último baño. Siempre me ha gustado dejar correr el agua por mi cabeza, justo como ahora, dejarla fluir y cerrar los ojos, ser uno con el agua y diluirme en el misterio insondable de las cañerías y el océano y la eternidad.

Afeitarme, recortarme los pelos de la nariz, peinarme. Por alguna razón no puedo dejar de hacer estos malditos rituales, estas pequeñas cosas que le dan orden a mi vida, pero que ahora llenan mis ojos de lágrimas. Las últimas repeticiones de un hombre libre.

Sacar el traje nuevo del closet, ni siquiera voy a pensar en la ironía, ponerme las medias, perfume en el cuerpo, para quién? Pues para mí. Maldito día que me trajo a este punto, maldito, maldito! Los pantalones, la camisa por dentro, correa, zapatos, saco. Solo falta la corbata y el ataúd. Nunca en mi vida me habías enseñado esto espejo, nunca antes había conocido al cadaver que me imita destras de tí.

Mi soledad es absoluta, nadie en la cocina, nadie en la sala, absolutamente nadie. ¿Por qué me tengo que sentar a llorar? ¿Por qué me tiene que doler tanto que Mary se haya largado cuando se enteró? Si no le hubiera hecho caso a Suli, maldito y mil veces maldito.

La corbata, las llaves, la cartera, el celular. Espero que hoy por fin me dicten sentencia, ya van 4 veces en el último año y siempre es lo mismo - venga en 3 meses- Y mientras tanto quién vive en esta maldita agonía de no saber si se esta vivo o enterrado. Que me diga el maldito juez quién puede luchar contra esta opresión en el pecho que una vez llamé vida.

Chequeo el gas, las ventanas, cierro la puerta, 10 escalones por piso, 40 escalones. Ya hasta en el trabajo están empezando a darse cuenta de que pasa algo, claro. Tú crees que es fácil enseñar historia cuando probablemente ya ha terminado la mía, todo por un maldito error.

Encender el carro, dar marcha atrás, guía a la derecha, a la izquierda, marcha hacia delante. El que sea tal vez el último viaje en carro de mi vida. Todo por el puto honor. Un último cigarrillo, literalmente, no tengo más. Perfecto! Nada, que cada copazo sirva de recordatorio de por qué estoy aquí, de que tan fácil toda esta farsa se cayó a pedazos.

Aquí es. Parquearme, atrás, adelante, atrás. Listo, 18 escalones, recepción, que pase por allí, pues claro, con mucho gusto, animal. Tratándome como a un criminal, si todo fue un error, un maldito error. Pero a ti que te importa, nada eso lo se yo por la forma en que mandas a sentar, tan despectiva.

Esperar, esperar, esperar 30 minutos después de las 9 y ahora es que llega mi abogado - no te preocupes todo va a ir bien - ya ni me importa que vaya bien o mal, lo único que quiero es que vaya, que una decisión sea tomada hoy y que caiga la guillotina que pende sobre mi cuello, día y noche, sin saber si soy o no soy.

Por fin vamos a entrar, en silencio, sentarnos, esperar al juez, jugar con un lapicero entre los dedos. ¿Por qué no pude decir el nombre de Suli? Total todo era de él, yo simplemente lo tomé por error, pero el policía que me revisó no me creyó que toda esa cocaína no era mía. ¿Qué hacía en mi mochila entonces? Bueno yo cogí esa funda por error, que de donde, pues de la calle. Y ahí me jodí, preso, luego excarcelado por el dinero que pagó mi madre, pero inició la cuenta atrás, la espera por el juicio por distribuidor. 4 citas, 1 año, toda mi vida destrozada, toda mi realidad simplemente ha dejado de ser, todo es una espiral sin fin, con esa jodida sensación de caer y caer y caer sin saber dónde está el fondo o si te van a salir alas. Una pesadilla interminable.

Mi abogado se para, cinco, diez minutos, necesito un cigarrillo o me voy a comer el lapicero. Ahí viene, que traspapelaron mi expediente, y entonces? Que espere la carta otra vez, no puedo seguir en esto, la realidad amenaza con desprenderse de mí y alejarse, tienes un cigarrillo?

THAT CLOUD QUE NOS PERSIGUE

Why is it that sometimes es tan difícil empezar esa oración that might take you all the way to the end de la nube that hangs above our heads, acechándonos, calando our fragile bones that just sometimes can't hold our fears. Es difícil, aunque maybe difficult es simplemente tratar de ponerle una etiqueta when it never matters.

He remembers que iba caminando, sin rumbo definitivo, without any real explanation on why él estaba siguiendo esa nube que cubría la ciudad, or maybe just the neighborhood, o tal vez only his head. El caminaba y caminaba y caminaba, what was the last thing he remembered? Did he remember anything at all?

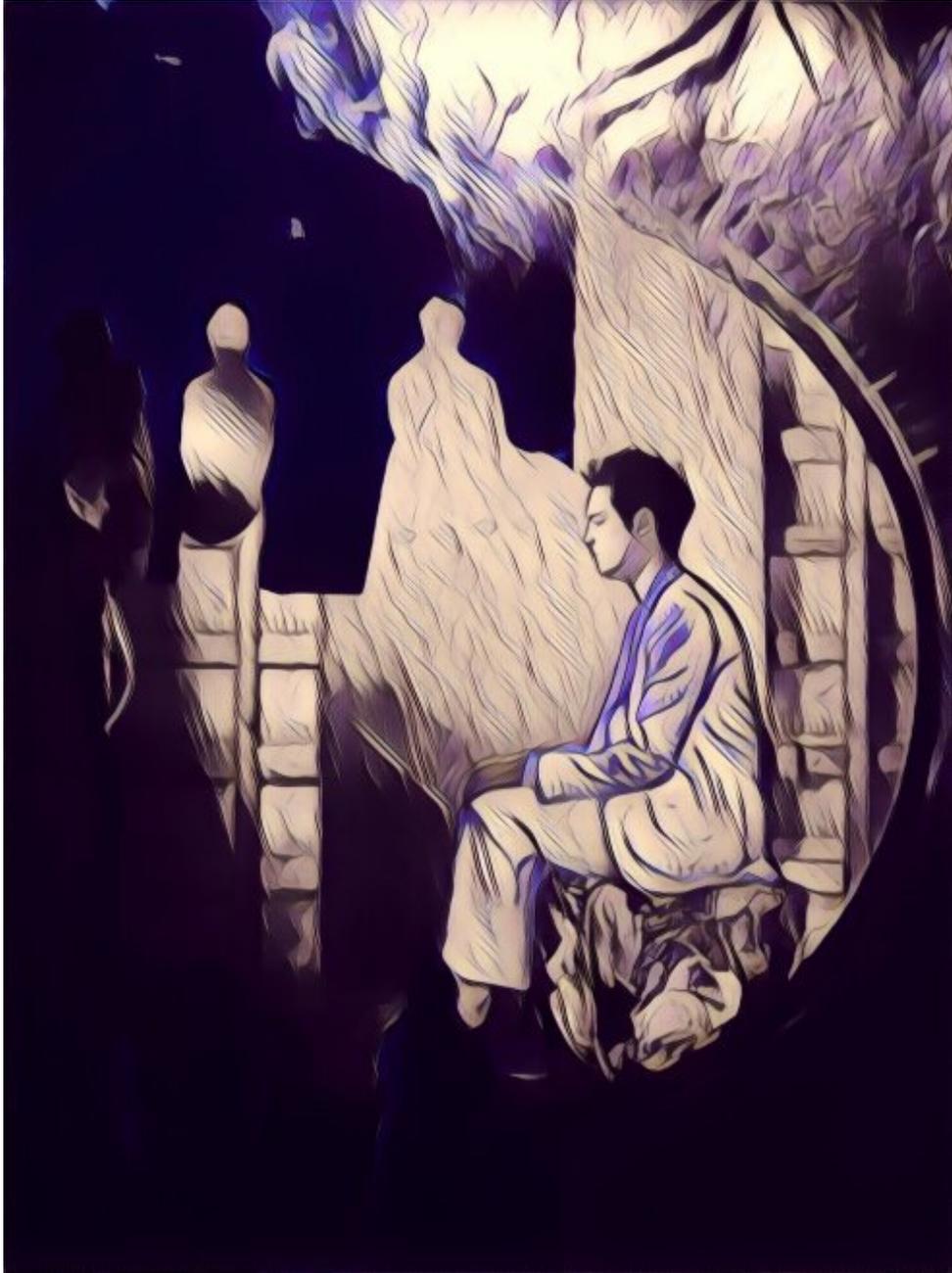
Todo no era más que ese sopor that lies between being awake y estar durmiendo. Away from the mud and the sudor, away from the fat chicks and the imbéciles que tanto roam on the earth. But actually, él no creía que he could remember anything at all. Todo no era más que esa nube, siguiéndolo, amenazándolo, spying on him y el recuerdo de un beso, the lips rising to the occasion, preparing themselves to be absorbed by the tantalizing fragrance de esa boca en búsqueda de destrucción, de caos and rebirth, the whole cycle de la vida, called upon by the most beautiful kiss that anyone could get, o dar.

The lips, la esencia, los cuerpos forming just one piece, one dance, un sacrosanto baile de adioses y bendiciones, and then the bang, the light, un sueño eterno y oscuro fell upon him, and then the cloud, that ever present cloud que lo sigue, lo persigue, lo extingue, while he walks, and trata de averiguar, por qué, algunas veces it's so hard to start that sentence, the sentence que te abre las puertas, que te libera, the one that takes the pain

away. But es que las cosas aren't what they use to be y the cloud sigue persiguiéndolo, but it all started after the kiss, ese beso que he couldn't quite recordar who gave it to him. In same way que he couldn't stop persiguiendo the cloud, o being chased chase by ella.

The kiss, la respuesta de todo it is always en ese beso, that reason to jump al vacío a cada momento, withouth pensarlo mucho, just, salta. Y mientras tanto, the only thing that queda es seguir chasing the cloud que nos persigue and hope con la mayor de nuestras esperanzas, que one day everything stops y ese beso that it's all the kisses pueda volver a poner everything en su lugar, y ya por fin Julio trajo el café.

EL HORIZONTE PERDIDO



Por una burbuja de aire se rompió una zapatilla, al romperse la zapatilla un tobillo se quebró, al quebrarse el tobillo toda mi vida cambió...

Cuando la conocí llevaba medias de colores diferentes y una extraña mirada que se había perdido en el horizonte de un mundo desconocido para mí. Me llamó la atención, pero claro que me la llamó. Es difícil entender el por qué de toda esta parafernalia carnavalesca que acompaña esta situación, pero que le podemos hacer, así son ustedes, cerrados, concentrados, ensimismados en su tonta realidad de casas limpias y noches de puro calor.

Es la muerte disfrazada de normalidad gritaron los periódicos al día siguiente. Es un monstruo que se ha ocultado entre nosotros. Pero claro que nadie nunca supo nada ni por qué, ni mucho que les interesa. Hasta tú que estás leyendo esta estúpida confesión de inocencia no me lo vas a creer.

La invité a salir solo para ver qué se escondía detrás de esa mirada, solo para saber dónde estaba ese horizonte perdido, esa canción que un día dejó simplemente de tocar; para ver que tan lejos podía llegar. Nos fuimos por ahí, a dar vueltas, a caminar y caminar y caminar y dejarnos llevar por las palabras de reconocimiento, de hola cómo estás y tú quién eres; caminamos por esas calles traviesas que siempre nos han sido ajenas, por esos bosques de cemento y asfalto que nos ha regalado la modernidad.

En tan pocas palabras pronunciadas entre la lluvia y la oscuridad fue muy poco lo que de verdad pude averiguar. Que se llamaba Joanna, que tenía tanta edad, que su madre y que su padre, que su trabajo, que su vida; y del horizonte nada, absolutamente nada. Y es que es sumamente difícil el preguntar *¿Dónde se ha quedado tu mirada perdida?* En serio, lo es. Si no me creen tratenlo alguna vez.

Nos volvimos a juntar unas cuantas veces más, ella una mujer ordinaria con su vida de ejercicios a las 6 de la mañana, ducha y trabajo; al final del día vuelta a la soledad de una habitación donde todo era mujer de pared a pared; con sus cada 28 días guardados en el baño y sus cremas, sus prendas, sus

aretes, sus collares y absolutamente nada fuera de lo normal. Sus vestidos de color púrpura y sus Converse rojos como los de todos los demás. El maquillaje, la ropita interior de encaje, las tiritas para el pelo, las largas hebras rubias por toda la casa huyendo, escapando de tanta pero tanta cotidianidad.

Tengo que aceptarlo, estaba totalmente enamorado, no de ella y de su ordinariadad, si no de ese secreto, de esa sombra que yacía entre la niebla de algún hecho que ella no podía revelar. Tal vez fue violada pensé en algún momento, tal vez la tocaba su tío, o la chocó la realidad a alta velocidad. Pero una y otra idea se fueron deshojando lentamente dejándome otra vez en el principio, ignorante y deseante.

Nos hundimos en la trampa maligna del sexo por deporte, ella porque yo le gustaba, yo porque tal vez fuera una puerta de entrada al corazón de su oscuridad. Pero nada, ni en la calma apocalíptica del orgasmo lo pude averiguar. Ella se fue enamorando de mi dedicación, yo me iba entregado por defecto, por cansancio, por simplemente estar con ella; cuando no era ella por ella lo que me tenía totalmente hipnotizado, si no lo que ella escondía.

Lentamente empecé a no dormir, cada noche que pasaba en su habitación no podía dejar de observarla mientras dormía, rebuscar en los cajones de su inconsciente, en los bolsillos del pantalón de sus recuerdos. Pero nada, y como ya irás entendiendo la frustración se iba apoderando de mí. Acaso estaba yo equivocado, acaso ese horizonte nunca había existido, a lo mejor no es más que miopía existencial me decía a mi mismo mientras rebuscaba en su habitación, tratando de encontrar alguna pista que me pudiera encaminar a saciar esta obsesión que cada vez parecía sin fundamentos.

Los meses fueron pasando, la lluvia cayó y se secó, el sol nos curtió un poco más la piel y el tiempo nos fue haciendo esa estúpida jugada en la cual a mayor tiempo pasado con el otro mayor el compromiso. Pero ella cada día se enamoraba más y cómo no hacerlo si cada segundo de mi existencia estaba dedicado a ella, que no era ella, pero que ella entendía que sí era ella. Al final no importaba tanto lo que yo realmente pensara, si no lo que ella creyera que yo iba pensando por las calles y los pasillos mientras la llevaba de la mano. Y así un buen día nos fuimos a casar.

Que por qué? bueno porque tal vez al cruzar ese mítico umbral del matrimonio pudiera yo acceder a esa bóveda de silencio que ella tan celosamente guardaba en su interior. Quién sabe, pensé, tal vez si nos casamos por fin lo pueda descubrir. Craso error, tonta asunción de que esas pendejadas de verdad pasan, que la unión de las almas se da al amarrarse a un pendejo aro de metal. Pero ya que estaba en eso, luna de miel, y mirada, y mirada, y más que mirar.

Hasta que por fin, cuando volvimos de la luna acaramelada, de las noches de sexo y volatilidad, nos mudamos juntos. Las cajas, los recuerdos, el pasado traspasado de una habitación a otra y nada. Absolutamente nada que pudiera darme una pista de hacia dónde había que buscar. Pero la fortuna es una vaina caprichosa y dos semanas después por fin me iba a dar lo que tanto había buscado durante un año de mal dormir, de mal pensar y más que nada de mal amar.

Un paquete tocó a mi puerta, que claro que no fue el paquete en sí mismo que tocó la puerta pero por cuestiones líricas y estilísticas que perduren en la posteridad suena mejor decirlo así que poner toda esta pendejada atrás para que el que quiera joder y sopesar la insoportable levedad del comentario se de cuenta de que cuando se quiere hasta los paquetes tocan puertas.

En una caja rosada, con remitencia de su mamá, se encontraban escondidas todas las pruebas que durante un año había estado buscando, por fin allí lo pude encontrar, el secreto, el horizonte perdido. Allí se encontraban las fotos de otra vida que no era esta, capturado todo el trayecto desde el primer plié hasta el momento exacto de la perdición, del punto y aparte, del secuestro de la ilusión.

Lágrimas de felicidad rodaron por mis mejillas, por fin había encontrado lo que andaba buscando, por fin lo irracional de mi perseverancia daba su fruto, por fin podía yo vivir en paz, podía alejarme de ella y saber que conocía el secreto de esa mirada perdida en un horizonte de otra realidad. Justo entonces llegó Joanna.

Cómo una fiera salvaje se abalanzó sobre mí al verlo todo esparcido sobre la mesa del comedor, la caja color rosa, las fotos de otro tiempo, el cambio de página de toda su existencia. Empezó a gritar, salida de sí, secuestrada por una violencia animal que nunca antes le había visto. Por un momento ya no estuvo esa mirada que tanto tiempo había yo perseguido sin entender. En su lugar se encontraba otra cosa, un monstruo incontrolable que quería matar, el desborde de un dolor reprimido por demasiado tiempo.

Corrió hasta la cocina y se lanzó sobre mí con un cuchillo, tiró una y otra vez sin poder atinar a cortarme, yo retrocediendo, maravillado por tanto cambio, por tanta emoción, por tanta realidad alternativa, hasta que la pared me frenó y solo quedaba una cosa por hacer. Fue un solo golpe, seco, contundente, pero suficiente para lanzarla al piso, para dejarla inconsciente por un rato en lo que lograba calmarla. Pero ya no fue necesario.

El cuchillo se había enterrado en su pecho cuando ella rebotó contra la pared antes de caer al piso. Por supuesto yo fui de pendejo a tratar de sacarlo, condicionado por tanta televisión y película, pero pendejo seguro. Ahí

mismo los vecinos entraron por la puerta aún abierta, creyendo que yo la estaba golpeando. Gran sorpresa que se llevaron al verme allí, arrodillado al lado de su cuerpo inerte y ensangrentado, con el cuchillo en la mano goteando pasado y futuro.

Por un fugaz momento sus ojos ya no estaban fijos en ese horizonte perdido, no se encontraban alejados de la realidad, por fin sus ojos se encontraban en paz.

CIELO Y TRANSGRESIÓN

Tiemblo de vergüenza, de carácter sumamente dañado y mortificado, por recorrer esas calles tan peligrosamente deliciosas de la curva del descenso y la ruina material. Porque es que caí en esa trampa, en esa agrisulce tentación que tanto me han tratado de evitar, pero qué más da si al final todo se acaba siempre con otra cosa más propia, más erecta, más de uno que tú.

Caí sin darme cuenta, como por un impulso que venía de más allá de las entrañas, de esa parte primitiva e inmaterial que siempre nos empuja cuando allá debajo la vida se congrega y emerge el deseo de carne y vaginalidad que tanto te gusta, que tanto tanto y tanto. Caí y en un segundo era la espalda con respeto fingido y dedicado, pero ya la hora y las copas y las ganas ajenas no se me aguantaban y descendí, caí hasta donde la espalda pierde su nombre y se convierte en puerta trasera hacia el cielo y la transgresión.

Me debí haber quedado allí, pero sabes lo difícil que se hace el quedarse en un lugar luego que ya todas las líneas están cruzadas? Porque para qué te vas a quedar, para qué limitarte si mi contraparte femenina no respondió con un golpe franco que te calentara la cara? Así que seguí, seguí y crucé la frontera fantasiosa y arisca de unos jeans y un hilo dental, todo sin querer claro, todo sin que te dieras cuenta y la oscuridad allí dentro, la piel sudada, el aroma del sexo prometido y vendido, el tacto entre mis dedos de esa piel tersa y curada como el cuero de una buena tambora.

Y la otra trató de arrimarse a la cintura, pero ella no la dejó, el cariño solo era conmigo que la acariciaba y la besaba con mis dedos y le prometía todas las sacristías y los cementerios que se pueden ofrecer en esa oscuridad

pagana y mundana, en esas dunas de tierra y cal, de canto y dolor ajeno, de pobreza y dedicación sexual.

Pero tu maldita culpa y tu maldito martirio me arrancaron de mi piscina termal, me desgraciaron el momento. Tú con tu jodida pretensión de rectitud y de no hacer lo que de verdad quieres hacer; y yo, con el *recuerda que lo que haga tu mano derecha no lo tiene que saber la izquierda* así que olvídate de mí y déjame aquí, entre las nalgas, entre el silencio, entre el aroma a dulce amoníaco y perdición. Pero ya era muy tarde, ya me llevabas colgando desapegada y desgarrada. Y para colmo me mirabas con esa cara de idiota que pones, con ese reproche, con esa estúpida cara de monaguillo que se acaba de masturbar y le quiere echar la culpa al diablo y a la mano, pero nunca a su jodida naturaleza animal.

Luego llegar a tu casa y ponerme, aferrarme a esa cosa dura y tan tuya. Movimientos rítmicos hacia arriba y hacia abajo, con desconfianza y el recuerdo del tacto de esas nalgas. Pero pendejo, por qué no la nalga de verdad, por qué no pusiste eso donde debía ir y ahora me lo obligas a mí que tan bien me sentía deslizandome por entre las piernas mojadas de otra ella. No jodas tú y tu maldita culpa ridícula y sin sentido, y más rápido y más y rápido, y endurecerse hasta que la lluvia de creación potencial se derrama sobre las losas del baño y sobre tu muslo y sobre todo sobre mí. Sobre mí que no tengo nada que ver en toda esta tragedia, que ahora me veo condenado a estar empegotado en tu culpa y tu derrota.

Pero sabes qué, ya está bueno, ya me tienes jarto con toda tu dictadura y tu traerme y llevarme y obligarme a despegarme de las cosas que sí me gustan. Y tu dureza estúpida pegada a mí, y tu jodida auto-homosexualidad que siempre me viola y me denigra y me desgarrar la vergüenza perdida a los 13 años y nunca más vuelta a recordar. Si tan solo me hubieras dejado entre aquellas nalgas de puta cabaretera, si tan solo me hubieras permitido

sumergirme un poquito más en aquella humedad de alquiler y enfermedades venéreas. Si tan solo te hubieras olvidado de tu maldita sacristía y te hubieras decidido a ser por un día un macho, pero me tenías que alejar otra vez. Pero ya no más, viejo amigo. Ya ahora solo queda esperar que caigas dormido, que tus párpados te traicionen y se cierren por lo que será la última vez.

Beatriz y la historia del hombre del sombrero gris que nunca parecía llegar a su lugar a tiempo...



I

Beatriz bebió un sorbo de su copa de vino mientras escuchaba de nuevo esa canción de la cual nunca se acordaba el nombre; la que tantas memorias le traía, tanto deja vu, tanta otra realidad latiendo en algún lugar de otro lugar. Le hizo una seña al bartender para preguntarle el nombre de la canción, pero en ese justo momento llegaron Karla y Natalie al bar, y la intención de desentrañar el misterio se perdió en la educada hipocresía de los saludos y las preguntas de lugar.

“Entonces, ¿vienes a la fiesta del novio de Marta o no?” Preguntó Karla, luego de volver del baño.

Son esas pequeñas cosas, pensaría Beatriz mucho después, son esas pequeñas decisiones las que completamente alteran el curso de toda la existencia del universo, ese pequeño salto entre el ahora y el tal vez, ese lanzarse al río de las infinitas posibilidades y dejarse llevar, cómo decía aquel viejo poema que una vez escribió algún cualquiera, para un amor que nunca se materializó.

“Si vámonos.”

Marta Margarita Marciano Marte, la amiga de Karla. Marta la que no soportaba a Beatriz, por envidia. Beatriz le reciprocaba el favor y no la soportaba por envidiosa. Pero esto no intervenía en las cordialidades acostumbradas, en los convencionales hola y cómo estás y la familia y claro y siempre y hablamos y hasta luego y saludos y banalidades que constantemente se veían obligadas a recrear, en pos de mantener la elegancia de la fachada de la civilización. Una guerra fría entre íntimos, contrincantes sin sentido ni finalidad.

Francisco Federico Fontana Frei, el novio de Marta, era un ganadero ciudadano. Los fines de semana se los pasaba en la finca de la familia

cuidando y aprendiendo el negocio familiar para algún día tomar las riendas del mismo. Un tipo ni interesante ni aburrido, algo así como un vaso de agua, sin sabor ni color, totalmente neutro. El complemento perfecto para una mujer de tantas palabras como Marta.

Llegaron a la fiesta sin novedad. La única ventaja que Beatriz le encontraba a las reuniones de Marta y Francisco, era lo variopinto de la concurrencia. Marta tenía la impresión de que ella era artista y se había dado a la tarea de hacer amistad con varios de los artistas, los pseudoartistas, los semiartistas, los que se creen que son, los que dicen que son, los que los otros creen que son y por suerte algunos de los que en realidad son.

El ser artista es una de esas extrañas cosas que la gente *cool* quiere ser, la *vie bohème*, las largas noches, los desapegos emocionales, los arranques de pasión desenfrenada, el siempre estar más allá que aquí. El estar condenado a interpretar la realidad de una manera diferente y actuar en consecuencia de esa interpretación, suena mucho más interesante en novelas y películas que en la vida real, cuando es el individuo el irreverente, el que no piensa antes de hablar, el que es siempre y por siempre un niño caprichoso.

Beatriz se dirigió a donde las botellas de vino le decían adiós, allí fue donde Yon le abordó. Yon el pintor, Yon el hipocondríaco, Yon el egocéntrico, el megalómano, el antisocial, el que odiaba a todo el mundo. Yon con sus cabellos largos, negros y rizados y su cojera que a todos le parecía ficticia. Yon el que nunca antes se había enamorado hasta que esa noche conoció a Beatriz.

El amor tiene un poco de locura, algo de azar y mucho de obsesión. El azar que nos lleva a encontrarnos con esa persona que va a despertar nuestra obsesión y nuestra locura. La obsesión que parte de ese azar que nos empuja a consumirnos en los ojos de esa persona, que nos arrastra al mar

tempestuoso de las emociones que nos provocan cada una de sus palabras. Y la locura, esa terrible locura que parte de la obsesión y que es un incendio en el pecho, esa gota final que nos manda al vacío y nos despedaza para hacernos de nuevo, otros, todos y ninguno.

Y era esa capacidad de despertar pasión, obsesión, locura lo que hacía a Beatriz una mujer tan especial. Y lo que la hacía tan vulnerable de dejarse llevar. De caer rendida ante los pies de promesas de castillos en las nubes y canciones en la madrugada. Y cómo no iba a enamorarse la pobre Beatriz. Con sus 21 años, sus ideales aún mojados, su versión indefinida de la realidad, con su futuro que no es más que una ilusión; de este treintañero con toda su confianza cimentada en desilusiones, en desgracias y sueños incumplidos, en traiciones y fatalidades, en creencias de genialidad.

Se inició el vaivén, la danza, entre holas y cómo estas para empezar. Luego mi nombre es tal y el tuyo es cuál, siguiendo con yo soy amigo de Francisco y tú, pues claro que amiga de Marta. Por supuesto que el odio mutuo se reprime, es demasiado temprano. Esas cosas no se lanzan así por así al primer extraño que se aparece. Y luego, por supuesto, el qué haces y ella es profesora y él es pintor. Y ella que qué pintas y él pues que pinturas, no me jodas, pues sí, pero de qué estilo, pues ya verás pequeña; la realidad no es lo que conocemos por realidad, vemos lo que no vemos y lo que no vemos pues, ya sabes, se pierde en nuestro cerebro, pero en realidad no se pierde, se guarda, se mete allí donde no podemos llegar, solo intuir, y eso es lo que pinto, lo que intuimos, lo que no logramos atrapar con las limitadas herramientas de la realidad, aquello que se nos escapa de los ojos y de la imaginación, que subyace entre el atardecer y el mar rojo, lo que se esconde detrás de tu sonrisa, lo que se deja llevar por las ondas que transportan tus palabras.

Y ella por supuesto que guau. Y él por supuesto que ego y un poco más de ego para que no se nos quede corto el sentimiento que le calentó el corazón al verla sorprendida, al verla sonreír, al verla dispuesta, al verla resaltar sobre el fondo de la fiesta y la música y la banalidad.

“Beatriz, nos vamos, quieres que te llevemos?”

Dame tu número, juntémonos en la semana, por favor. Claro, aquí está, espero tu llamada. Y adiós.

Yon se quedó en la fiesta un rato más. Por qué no hacerlo, en su pequeño apartamento solo le esperaban dos lienzos en blanco, reprochadores, juzgándolo por no haber podido terminar siquiera una sola obra en los últimos 3 años. Luego de su última exposición, la que lo lanzó a lo que la sociedad llama fama, no había encontrado esa inspiración que tan fluidamente pudo expresarle a Beatriz. Que si lo que se ve entre el atardecer y el mar rojo. Una sarta de disparates. A veces se preguntaba si la gente de verdad lo entendía. Pero claro que no, si el mismo no se entendía.

Pero esta muchacha, esa piel morena, esos ojos miel, ese pelo... pero era todo mucho más que eso, era ese *je ne se quoi* del que tanto nos han hablado. Ese algo intangible que se derramaba por toda la habitación.

Yon siendo un pintor y todo eso, se fijaba bastante en esas pequeñas cosas, que si la comisura de sus labios, que si miraba o no miraba, que cómo miraba y cómo no, que si las manos, que si los gestos, y por todos los dioses que ella lo había capturado. Que había logrado que toda su atención se fijara en ella.

Entre trago y trago y conversación aburrida entre conversación aburrida, entre preguntas de que cuándo presentas tu próxima exposición y expectativas de gente que no tiene ni la más puta idea de lo difícil que es

desnudarse sobre un lienzo en blanco, Yon no podía dejar de pensar en ella, en Beatriz.

Y cómo el alcohol es tan buen consejero para aquellos que simplemente no viven dentro de la realidad real, se decidió a llamarla allí mismo. Hola, quién es, pues yo, y quién es yo dice una voz pícaro, pues a quien te le tatuaste en la imaginación, ah ese, cómo llegaste a tu casa, pues bien, y tú todavía en la fiesta, sí, por qué te fuiste, es que tengo que trabajar mañana, vale pues bien, y para qué llamabas, pues solo para decirte buenas noches, buenas noches y un beso entonces, un beso y adiós.

Ya es hora de partir, ya es hora de partir, ya es hora de partir, Yon se seguía repitiendo en la cabeza mientras se fumaba un cigarrillo en el balcón y se dejaba llevar por las olas de alcohol que le robaban la razón y le decían que él se encontraba enamorado o emborrachado, que a veces es uno y lo mismo. Demasiado mucho, demasiado rápido, demasiado enamorado de una desconocida.

Al siguiente día vino la llamada por *default*, porque por supuesto que tenía Yon que llamar a Beatriz, la de Dante, la de Borges, la de Yon. Y con la llamada vino una cita para un café, esa vulgar excusa que utilizan los que no tiene tanto dinero como para pagar una cena, o unos tragos. Y a las cinco de la tarde en el Café del Conde, allá al final del peatonal. Justo con el Colón ese y la Catedral Primada de fondo, pero es que se ven tan lindas y las palomas, esos ratones con alas, pero es que son tan bonitos.

Y entre correr detrás de palomas cual niños, reunirse por las tardes primero, luego en los atardeceres, luego en las noches y beber. Porque así es como evoluciona una relación, de manera orgánica, como el día. Primero se ven a la luz del sol, protegidos por los extraños, porque no son más que esos al principio, extraños por conocerse. Luego un poco más tarde y tal vez más

que un café una cerveza o un trago cualquiera. Pero luego llegan las reuniones en la noche, los inevitables preludios de la sexualidad, de la entrega, los que se dan cuando la confianza se ha asentado, cuando ya se conocen, cuando ya ambos están seguros de que ambos se gustan, cuando solo quedan las últimas máscaras que se han de deslizar al pie de la cama del apartamento de un pintor ante la mirada agradecida de los lienzos en blanco.

Y lanzarse al vacío con una sombrilla de paracaídas, dejarse llevar por la gravedad, sucumbir ante lo incierto de esos besos de plata, ante esas curvas de la muerte, ante ese clítoris digno del Louvre, del Prado, de la calle sin nombre que muere en esas caderas y en esa cadencia y en esas olas del atlántico que se derraman sobre esta tristeza que es la tierra caribeña.

Así pasaron los días, entre besos y caricias, entre promesas vanas y amores eternos; porque al principio de toda relación todo no es más que eterno. De qué nos serviría entregarnos a pesimismo inciertos, siempre es mejor apostar por la totalidad, por el *ad aeternum* que se percibe en cada beso, en cada abrazo, en esa insaciable necesidad de estar uno junto al otro por toda la eternidad.

Al pasar las semanas Beatriz comenzó a quedarse una que otra noche en casa de Yon, entregada, enamorada, confiada en la eternidad de esos besos, en esa hipocondría que parecía ceder, en todas esas hermosas mentiras que conforman las mentiras que nos decimos para poder sobrevivir. Hasta que una mañana simplemente no se fue más. Beatriz, sin proponérselo, se quedó viviendo en casa de Yon. Es que así es que suceden las cosas, un día no y al otro sí. De repente, sin planificárselo, sin proponérselo, pero deseándolo. Un acuerdo tácito entre las partes, manteniendo la ilusión, manteniendo el sueño de distancia entre uno y otro, entre ella y él.

Yon quiso no darse por enterado de que Beatriz vivía ya en su casa, no quiso darse por enterado de que tal vez ella nunca se iría de nuevo, no quiso darse por enterado de que ella estaba ahí con él siempre. Quiso obviar todas estas cosas y otras tantas más, como los regueros femeninos, las flores, los olores, las toallas mojada en la cama, los cabellos en la almohada, lo quiso obviar todo por necesidad, porque desde que ella llegó a su vida los lienzos dejaron de mirarlo mal, dejaron de juzgarlo, dejaron de ser sus enemigos y ahora de nuevo otra vez le permitían dejarse desnudar en ellos, día y noche. Entre sexo e insomnio, Yon iba creando toda una nueva realidad que no comprendía, brochazo a brochazo, un color sobre otro sobre otro, se iban configurado las obras en una sucesión de imágenes, de ideas, de sentimientos. Amor y miedo a perder, terror a perder y ganas de aprehender esa realidad que desde el principio le parecía tan etérea.

Entre tanta pasión las discusiones, los desmadres y las despadridades. El tratar de rajarse de la piel todas las costumbres, el cerrar todas las puertas, el dejar de morder dedos y manos al azar, el dejar de recibir besos en la calle, el presentar a Beatriz como la novia, como la musa, como la mujer, como ella la que gobierna toda su realidad. Y así pasan los días, así se asientan las cosas y la realidad se va convirtiendo, lentamente en cotidianidad, pero de la buena. “De la del principio todavía, de esa en la cual Beatriz se despierta cada mañana y yo estoy despierto observándola, deseándola, dibujando cada comisura de su ser, esa Beatriz que aún no puedo concebir que exista, esa Beatriz que me llena y me empuja y me inspira y es la causa de toda esta creación, es la razón de mi próxima exposición, es el ethos que me gobierna. Esa es la Beatriz, es la cotidianidad sobre la cual me rindo y me entrego.”

Cada día 14, de cada mes menos en junio y en febrero. Cada decimocuarto día de cada mes, llegaba. Cada día 14 de cada mes sin falta, a menos que fuera junio o febrero. Siempre llegaba, cómo un reloj suizo, siempre llegaba,

pero ahora simplemente no ha llegado. Durante 8 meses siempre llegó, siempre llegó. “Crees que? No, si para nada, si siempre nos hemos cuidado. Pero tal vez. No creo, vamos a darle un par de días, si no vas y te haces el examen. Y si es, ¿qué vamos a hacer? Vamos a esperar, ya cruzaremos ese puente cuando se nos presente”.

Ese puente, esa realidad, ese verse confrontado contra esa inmensidad que es traer una vida a este desorden que llamamos actualidad. 7 mil millones de personas... y otra más? Yon, el pintor, el cojo, el hipocondríaco, el inmoral, el soltero eterno... Yon el padre?

“Me estás escuchando Yon” preguntaba Beatriz preocupada, pero Yon ya no la escuchaba, o por lo menos casi nunca. La historia de ellos era él verla e inspirarse, verla caminar semi-desnuda por el apartamento, verla ser ella por toda su realidad, pero escucharla muy poco, casi nada, de vez en cuando; solo cuando era inevitable. Pero este era uno de esos momentos evitables, él estaba escapado en su propia realidad, tratando de obviar esa espada nunca antes deseada y que ahora pendía peligrosamente sobre su cabeza.

“Claro que te escucho, pero todavía es muy pronto para preocuparse” le decía él a ella y se lo repetía en su cabeza, una y otra vez “todavía es muy pronto para preocuparse, todavía es muy pronto para preocuparse”. Y despertarse cada mañana por los próximos 14 días repitiéndose lo mismo, 14 mañanas, 14 tardes, 14 noches en las cuales esperaba que esa mancha roja le quitara esa enorme piedra que le presionaba el pecho, ese enorme manto que no le permitía pintar, esa enorme razón para beber y beber y beber el día entero.

“Aún no me llega, aún no me llega Yon, ¿qué vamos a hacer?” decía Beatriz preocupada al siguiente día 14. “Es hora de que te vayas a hacer el examen. Pasemos por el laboratorio antes de que te vayas al trabajo y ya verás que no

estás embarazada, que es solo estrés.” Y llevarla al laboratorio, sentarse allí con esa cara de muerte anticipada, verla entrar, verla volver, verla marcharse hacia su trabajo y él simplemente esperar rondando la Zona Colonial, desayunando unas cuantas cervezas, almorzando otros tantos tragos de Whisky, esperando por esperar.

“Es que no puedo, no quiero ser padre” le decía Yon a Julio el camarero, a quien le importaba bien poco lo que él tuviera que decir. Mientras, las horas iban pasando deprisa, entre trago y trago, entre escenario y escenario. Yon totalmente egoísta solo pensando en lo que a él le convenía, sin sentarse ni un segundo a pensar qué día podría estar pasando la pobre Beatriz, sin siquiera contemplar en cuales fantasías estaría perdida su musa, quien le había inspirado su mejor obra, quien por el solo hecho de ser le había cambiado la vida. “Pero una musa es eso, una musa, no una madre, no una amiga, no una esposa de por vida.” La eternidad empezó a hacerse tan larga. El infinito empezó a enseñar sus fronteras, allá, al fondo, la pared enorme que con grandes letras rojas decía BEBÉ.

Dos y treinta de la tarde. Yon regresó a su estudio a esperar por Beatriz y los resultados. El tiempo solo existe cuando estamos pendiente a él y es entonces que nos damos cuenta de lo desesperantemente lento que avanza, solo en ese instante nos percatamos de todo lo que dura la vida humana. De nuevo los lienzos lo juzgan, las obras a medio terminar desde hacía quince días lo miraban desde el otro lado de la realidad, intuían en toda su inacabada existencia que todo estaba a punto de cambiar, que su final había llegado, que el infinito y la eternidad se acercaban a su fin.

Yon escuchó cómo la llave del destino entraba en la cerradura del presente, cómo se abría la puerta, cómo se cerraba, los pasos asustados de Beatriz dirigiéndose hacia él, su olor, toda su incertidumbre acercándose. “Aquí están los resultados.” “¿Y entonces?” preguntó Yon sin disimular la

ansiedad. “No sé, veamos.” Abrir el sobre, desdoblar la hoja, encontrarse con esas palabras tan temidas, *positivo*. Lágrimas rodaron por las mejillas de Beatriz. “Voy a ser mamá” dijo con una recién encontrada felicidad, acariciándose el lugar donde pronto crecería ese ser, que para ella en este momento era el producto del amor de ella y Yon.

“No! Tenemos que abortarlo” Y la ilusión se quebró en mil pedazos, como la ventana del vecino que una vez Yon rompió sin querer con su tirapiedras.

Yon se levantó y caminó ansiosamente por todo el estudio hablando sin parar, pensando en voz alta, repitiendo una y otra vez todas las razones por las cuales no podían tener ese bebé, que todo iba a cambiar si lo tenían, que él era un artista, que él no podía tener un hijo, no ahora, tal vez después, pero no todavía, no era el momento, no era el tiempo, no echarle la culpa al hijo en el futuro, cambiar el presente, más adelante tal vez, cuando estuvieran listos, ella terminara la universidad, tuvieran más dinero, tantas razones de por qué no y Beatriz allí, desarmada, sin moverse, llorando calladamente al encontrarse al final del infinito, en el borde de la eternidad.

“Déjame llamar a mi primo, él es médico y seguro que sabe de alguien que haga abortos. Mientras tanto no le digamos a nadie, total, esto es solo entre tú y yo.” Beatriz la joven, la convencida, sabiendo que era todo verdad, pero más aun sabiendo que el producto del amor no era más que una mentira, un suspiro, un aborto. En ese momento decidió que al final del proceso volvería a su apartamento y terminaría su relación con Yon. Pero ya se lo diría a Yon cuando todo hubiese pasado.

“Mañana a las 4 de la tarde. Así puedes descansar el fin de semana.” Beatriz lo miró y asintió con la cabeza. Una ducha, demasiadas cosas en su cabeza, demasiadas ideas, demasiadas emociones, demasiadas decepciones, imposible ponerlas en palabras, así que ducha, y a preparar la clase de

mañana, a sublimar, a tratar de concentrarse en algo que no sea toda esta totalidad, dejar que el día se escurra mientras Yon bebe en una esquina, dejar que llegue la noche y cenar en silencio, un beso y buenas noches, y quedarse allí de lado, la noche entera, llorando en silencio, contando las horas, esperando el amanecer.

Cuatro de la tarde. El día pasó deprisa. Se encontraban en un consultorio detrás de un colmado. Totalmente irreal, demasiado de película. “No te preocupes, todo va a estar bien, es un procedimiento estándar, lo hacemos todo el tiempo.” Y todo le sonaba a cliché, a película de bajo presupuesto, a un cortometraje que una vez vio y del cual no recuerda el final.

Anestesia regional, invasión de la privacidad, cincuenta minutos después es hora de irse. Llegar a la casa, tomarse unas pastillas, relajarse y descansar. “Ya todo ha pasado. Salgo y vuelvo en un rato, tengo que ir a reunirme con...” ya no importa.

Beatriz se resbaló en un sueño ligero. Soñó que lo había soñado todo, que nunca conoció a Yon, que todo en su vida había sido diferente. Soñó que un mar rojo la recibía, sintió sus olas, sintió el calor del agua entre sus piernas, y se despertó. Se sentía terriblemente débil.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y se dio cuenta del lago de sangre que se extendía desde sus genitales por toda la cama. Sin fuerzas, tambaleando, se dirigió al baño. Se sentó en la bañera y abrió la ducha. La sangre no dejaba de fluir, la vida se le escapaba por entre las piernas, se mezclaba con el agua y desaparecía en un torbellino rosado por el drenaje.

Salió de la ducha, apoyada en la pared caminó hacia la habitación. Buscó torpemente su celular mientras el imperativo genético por la supervivencia le ponía un vestido y la sangre seguía fluyendo. Al fracasar en su intento de encontrar el teléfono salió del estudio, buscar un taxi, llegar a un hospital,

sobrevivir, sobrevivir, abrir la puerta, llegar a la acera, ver todo volverse gris, la gravedad se desvaneció. Y allí, tirada en la acera, muriendo por amor, por soledad, por arte, soñó que lo había soñado todo y en el fondo vio como corría hacia ella un joven de cabellos largos y sombrero gris, unos ojos verdes que la levantaban de la tierra y la rescataban de la oscuridad.

II

“Entonces, ¿vienes a la fiesta del novio de Marta o no?” Preguntó Karla, luego de volver del baño.

Karla Karina Koeppelman Karinsky era la mejor amiga de Beatriz. Se conocían desde esos trágicos años de la adolescencia cuando Beatriz había sido gorda y Karla no, desde los años de los noviecitos y la pérdida de la inocencia, desde hacía tantas historias que eran más que amigas, eran hermanas. Se habían mudado juntas desde su provincia para la capital y asistían a la misma universidad, Beatriz estudiando psicología, Karla estudiando publicidad.

“No, me voy directo para la casa.”

Se despidieron y Beatriz se fue en taxi para su casa, llegar al refugio, a la soledad, alejada de Marta y toda su envidia. Se dio una ducha y se acostó. Encendió un cigarrillo y pensó en su vida, en su soltería, en cómo algún día iba a tener que dejar la vida de bares, de tragos, de cigarrillos y marihuana y asentar cabeza como tanto le repetía su madre. Su madre que entendía que a los 21 años las chicas deben de estar casadas y con hijos, como la mitad de sus compañeras de promoción. Tal vez, tal vez, pero no esta noche, esta noche solo existían ella y su mano derecha, ella y sus fantasías, ella y ese orgasmo que se iba construyendo, ella y ese gemido de placer, esa descarga de neurotransmisores relajando su cuerpo y preparándolo para dormir profundamente, para no soñar.

La mañana siguiente fue como todas las mañanas de lunes a viernes. Levantarse a las 5:45, ducha, prepararse un café, vestirse, fumarse un cigarrillo, comer pan tostado con mermelada, caminar hacia el colegio, llegar justo a tiempo, siempre justo a tiempo, ni un minuto antes, ni un minuto después. Y empezar la rutina, la vida seccionada en timbres cada 45 minutos, los niños, los mocos, los dramas, las pequeñas peleas, recreo, pararse bajo el sol para calentarse un poco en lo que come algo rápidamente sin perder de vista a ninguno de los niños, las conversaciones intrascendentes que conforman nuestra cotidianidad. Hasta que al final suena el timbre de la salida. Despachar a los niños, uno al chofer, otro a la madre, otro al padre y más conversaciones rápidas, que cómo va el niño, que si la niña tiene tarea, que si repetir una y mil veces sonrisas y halagos, promesas de mejoría o tal vez una pequeña preocupación y entonces llegó William.

Todo un vikingo, alto, rubio, ojos azules, sonrisa del ancho de su cara. William era el tío de uno de los niños a los cuales Beatriz le daba clases y con tan solo unas palabras y unas sonrisas algo sucedió dentro de ellos, algo inexplicable, algo ajeno a sus realidades. Unas cuantas cordialidades más y adiós y hasta luego.

Al caer la noche Beatriz le comentó a Karla acerca del tío buen mozo que había ido a buscar a uno de los niños de su clase hoy, de sus ojos, de su pelo, de su altura, de que si tal vez.

“Y es soltero?” preguntó Karla con picardía.

“No sé, si no hablamos tanto, tal vez ni siquiera lo vuelva a ver”

“Ese es tu problema Beatriz, por eso es que sigues soltera o saliendo con perdedores que no te dan nada. Necesitas aprovechar las buenas oportunidades, necesitas ya sentar cabeza y por fin empezar a pensar en el futuro. No se tienen 21 años para siempre. Mira a mi hermana, ahora tiene

30 y no encuentra a nadie que le quiera hacer el coro. Porque quién va a querer salir con una mujer de 30 cuando puede salir con una de 21. Si sigues así un día de estos te vas a despertar y vas a tener 45 años y vas a ser la profesora solterona y aburrida que solo tiene 15 gatos esperándola en su casa”

“Gracias, desde lo más profundo de mi alma por esa visión tan emocionante de mi futuro.”

“Pero es verdad, qué, ¿acaso no quieres casarte y tener hijos?”

“Claro que sí, claro que quiero ser madre; si sabes perfectamente que me encantan los niños, sino no fuera profesora”

“Bueno, pues un día de estos vas a tener que dejar de estarle dando tanta mente a disparates y simplemente apostar.”

“Y toda esta conversación vino porque hoy conocí por 2 minutos a un hombre buen mozo.”

“No, en realidad tu mamá me llamó para preguntarme cuando vas a sentar cabeza y todo ese discurso. Por alguna razón ella cree que yo soy tu consejera o algo así”

“Sobre todo tú.”

Y entre otras cosas más se les fue adentrando la noche. Luego llegar a la casa, hacer los rituales de lugar antes de acostarse y masturbación y sueño profundo. Y ¿por qué no soñar con un príncipe azul? ¿Por qué no renunciar a unos sueños mojados de vida bohemia y libre y comprar el arquetipo de la casita con jardín and *the white picket fence*? Por qué no crecer y someterse a la realidad, por qué no simplemente ser normal y madre y esposa y olvidar los sueños de música y pintura y eternidad. Y entreteniéndose las fantasías de esta otra posibilidad, Beatriz se durmió.

Al sonar el despertador, al iniciarse el ritual de cada mañana de lunes a viernes, Beatriz se acordaba de muy poco de lo sucedido el día anterior, de lo pensando el día anterior, de lo que su madre durante 21 años le había ido repitiendo cada vez que podía. Simplemente continuó con su cotidianidad de niños con mocos y dramas y tareas y lecciones y siempre estar tratando de enseñar algo más que dos más dos son cuatro, cuatro y dos son seis. Total, para qué pensar en cosas que no vienen al caso cuando se está tan bien sin pensar, simplemente siendo y viviendo y dejándose llevar por el río de la vida bohemia.

Y al sonar el último timbre del día allí se encontraba otra vez, William, el vikingo.

“Hola Teacher, ¿Cómo está?”

“Todo muy bien, ¿Y usted?”

“Aquí tranquilo, pero llámeme William por favor.”

“Solo si me llamas Beatriz.”

“Suena bien.”

“Viniste a buscar a tu sobrino?”

“No, hoy lo viene a buscar su madre.”

“oh, y que te trae por estos lados entonces?”

“Vine a preguntarte si sería posible que salgamos a cenar algo el viernes, a las 8, en el sitio de sushi que está por aquí cerca.”

“Suena como un plan.”

“Te paso a buscar o nos juntamos allá?”

“Nos juntamos allá.”

“Aquí está mi número de teléfono en caso de que cambies de opinión y quieras que te pase a buscar.”

“Aquí está el mío en caso de que cambies de opinión y quieras que nos juntemos antes del viernes.”

“Bueno, pues me voy. Nos vemos”

“Ciao”

Todo pasó tan rápido. Pero claro que entre todas las palabras estuvieron los pómulos sonrojados, los dedos en el pelo, el tan siempre y para siempre importante lenguaje corporal, esa primera impresión de que lo que estamos haciendo está siendo bien recibido por la otra parte, y el estarse incómodo al principio, luego el mirarse a los ojos y el sostener por un segundo extra el roce de esa mano cuando se dice adiós; las feromonas volando por toda la habitación, el calor, los nervios y toda la excitación de la primera aceptación. Y luego el pensar que hoy tan solo es miércoles.

Entre la ansiedad y las ganas de acelerar el tiempo, dos llamadas recibidas solo para saber cómo estaba y muchas ganas, y por fin llegó la hora señalada. Viernes, ocho de la noche, el sitio de sushi que queda cerca del colegio donde trabaja Beatriz. Y por supuesto que ella llegó temprano, y por supuesto que ya él se encontraba allí.

Después del hola, cómo estás y las cosas educadas que se le preguntan a cualquiera, ¿Cómo continuar? Los nervios de qué decir o de qué hablar se esfumaron instantáneamente, la primera cerveza, una copa de vino, un cigarrillo, la conversación fluyendo rápidamente. Ella profesora, obviamente, él banquero, ella 21 años, el 29, ella aun estudiando psicología en la universidad, él graduado, con dos maestrías fuera y un brillante futuro por delante, ella con 3 hermanas, él con un hermano mayor, a ella le gusta el

tenis, a él también, y entre cervezas y copas pasaron dos horas sin aún siquiera ordenar.

Así se fue desarrollando la noche, entre risas y bromas, entre conocerse deprisa y sin presión, entre sintiéndose sumamente cómodos el uno con el otro y así como suceden esas cosas, cada uno a su lado de la mesa, cada uno fijándose en el otro, ella coqueteando, él coqueteando de vuelta, él tocándole suavemente la mano que yace sobre la mesa, ella dejando la mano justo donde está y sonriendo con picardía, en toda su belleza.

Al terminar la noche él la llevó a su casa, ella loca porque él la besara, él loco por quererla besar, pero al final solo se intercambiaron adioses, y qué vas a hacer mañana, y qué tal si nos juntamos si no es mucho pedir, y por supuesto que no sería problema, pues te llamo en el día para coordinar, espero tu llamada, buenas noches, adiós hablamos luego. Cerrar la puerta del carro y ver cómo él espera que ella abra la puerta de metal, suba las escaleras y entre por fin a su casa antes de marcharse hacia la noche.

Karla estaba en la sala esperándola y Beatriz no se hizo de rogar para contarle cómo había ido toda la noche, cómo sus ojos azules la miraban fijamente y cómo esa sonrisa la derretía. Cómo era todo un caballero, y cómo tan galán, y cómo le abrió la puerta del carro para que ella entrara, y cómo esperó que ella subiera, y cómo ella estaba loca por besarlo, y cómo se iban a juntar mañana para darse unos tragos en algún lugar, y cómo le gustaba tanto ese vikingo que hacía apenas dos noches no existía en su vida, no era parte de su realidad.

“Tal vez este es” le dijo Karla antes de irse a acostar

“Tal vez tu deberías dejar de estar pensando siempre en eso. Tal vez deberíamos dejar que las cosas vayan a su tiempo” Le contestó Beatriz cerrando la puerta de su habitación, pero pensando que tal vez este era. Y

con él en la mente se entregó a su ritual de orgasmo y sueño profundo, con él en la mente hasta la próxima mañana.

La juventud tiene la ventaja del ansia de vida, de las fuerzas para luchar, para lanzarse al vacío. Cuenta con el todo es posible y aun cuando las cosas fallen siempre queda el mañana. Pero tiene la gran desventaja de que siempre es muy fácil comprar sueños e ilusiones, caer por cosas simples; siempre se es demasiado romántico y poético, aun con las cosas que no valen la pena. Soñar despiertos, fantasear con miles de realidades, dejarse caer por la pendiente, sentirse ansioso, querer querer y querer no querer, y por más que lo pienses y lo fantasees, y trates de creer que es una realidad, nada te indica que pueda ser cierto, ni un solo indicio, si ni siquiera se ha dado el primer beso, si tal vez todo no es más que una exageración de su joven y agitada mente, y así dormir.

Al día siguiente la segunda cita, esperar a que él llegara a recogerla, ir a ESE bar, compartir unos cuantos tragos mientras se van contando todo el pasado, el de él un poco más largo que el de ella, el de ella un poco más bohemio que el de él. París, Barcelona, la Zona Colonial, los bares, la banca, los colegios, su sonrisa, la de ella, y conversar sobre tantas cosas imposibles de recolectar, continuar con una conversación que al parecer nunca ha de terminar, porque al final una relación duradera es exactamente eso, una conversación que dura por toda la vida, sin silencios incómodos, sin pausas, una conversación acerca de todo, un ir y venir constante de ideas, de situaciones vividas, de ideas que surgen en la cabeza. Hablar hasta el último respiro.

Así terminó la segunda cita, todavía sin un beso, ella cayendo y el haciéndola caer. Luego vino una salida al cine, que tan mala fue esa película, horrible, risas, más coqueteos, hablar un tanto más y terminar la tercera cita sin todavía besar. Y luego llegó la cuarta, un concierto de Tchaikovsky,

genial, magnífico, cena, vino caminar por la Plaza España, la noche, las luces, las pocas estrellas que nos enseña el cielo de la capital y por fin el tan esperado beso. Explosiones por toda la realidad, totalmente enamorada y desencajada de su cotidianidad.

Siguieron viéndose cada noche. Él le enviaba flores al colegio, ella le entregaba su alma. Él la paseaba por toda la capital, ella le entregaba su cuerpo y su tiempo. Él la amaba con locura, ella compraba el sueño de la eternidad. Así, en el cuadragésimo segundo día, él le propuso que se casaran y en un arrebato de amor, de pasión, sin pensarlo dos veces, Beatriz dijo que sí con lágrimas en los ojos y todo un devenir de esperanza y amor por gastar.

“¿Estás segura?” fue lo primero que Karla pudo decir al ver el anillo en el dedo de Beatriz.

“Pero si tú eres quién más me repite, después de mi mamá claro, que me tengo que casar y que asentar cabeza y todas esas vainas. ¿Y ahora que vengo a decirte que he encontrado al hombre de mi vida lo primero que me preguntas es eso? ¿Quién te entiende Karla”

“No me malinterpretes, estoy súper feliz por ti, solo quiero estar segura de que no estás tomando una decisión apresurada; o sea, solo tienen cuarenta y dos días saliendo.”

“Si, lo que sea. Pero con él me siento feliz, nunca nadie me había prestado la atención que él me da; además, da lo mismo cuarenta y dos días que semanas o meses, estas cosas se saben desde el primer beso.”

“Bueno, pues así será. Quien sí estoy segura que estará feliz de dar brincos y bailar es tu mamá, se lo dijiste ya...”

Claro que la madre de Beatriz estuvo feliz junto con toda su familia. La niña descarriada estaba por fin tomando una decisión adulta, por fin dejaba esa vida de noches y bares y artistas para dedicarse a ser una persona de bien, no una cualquiera que anda por ahí haciendo algo tan estúpido como vivir su vida como le diera la gana.

Inmediatamente empezaron los preparativos de la boda, en cuatro meses y dos semanas se casaban, porque para qué esperar más; invitar a los padres de William, a la familia de Beatriz, a los amigos cercanos, por supuesto a los jefes y los socios de William, claro que tan solo a algunos compañeros de trabajo de Beatriz, unas 300 personas en un hotel, boda en la playa, todos los sueños hechos realidad, todo un rápido girar de cosas que hacer y poco tiempo para pensar, muy poco tiempo para pensar, solo hacer y organizar y comprar, e invitar y nada de preocuparse por gastos que todo lo paga William, y el sueño de hadas y el príncipe azul y la luna de miel en Bora Bora, y tanto, tanto amor.

Ese primer sí marcó la vida de Beatriz. De ahí en adelante las capitulaciones fueron dándose una tras otra, sin quererlo, posponiendo su carrera y renunciar al trabajo cuando salió embarazada de la bella Carolina, luego al año siguiente llegó Martín, y posponerlo unos años más en lo que los niños crecen un poco, ya sabes para poder ser madre y que sus hijos no los criara una sirvienta y cogieran malas mañas. Después para qué volver a trabajar si a su William le va tan bien, si mira que hasta pudieron comprarse su propio apartamento en una de esas torres en las que todos quieren vivir y él es casi tan bueno y atento como era antes, es el trabajo.

Tomar clases de cocina, terminar la universidad por las noches solo para sentirse bien consigo misma, si eso es lo que quieres, total nos va tan bien que para qué. Lentamente convertirse en ama de casa, preparar las tantas

cenar que se realizan en sus casas con los amigos de William, que lentamente se fueron convirtiendo en amigos de Beatriz también.

“Mujer, pero ya casi ni nos juntamos, qué es lo que te pasa” le preguntó un día Karla por teléfono

“Es que ya sabes, con los niños y atender la casa, todo se me hace tan difícil, pero cuando quieras una noche de estas nos juntamos y nos ponemos al tanto...”

Dejarse llevar por el torrente de la cotidianidad, dejar la guitarra tirada en una esquina, polvorienta, olvidada, para qué tocar si casi ni me acuerdo, esos son sueños infantiles que se tienen en la juventud, son cosas que simplemente pasan y se dejan tiradas en la esquina de atrás del closet de los regueros, pendejadas que hacen los muchachos.

Mira que lindo van creciendo los niños y llevarlos cada mañana al colegio. Volver a decirle a Mary qué es lo que se va a cocinar hoy. Buscar los niños al colegio, volver y comer, hacer las tareas y estar tan cansada y llevarlos a clases de natación, de fútbol, de ballet, de artes marciales, y volver tan, pero tan cansada en la noche, y por fin ver a William que tenía dos semanas fuera del país en una reunión de una cosa o de la otra. Y preguntarte desde detrás de una copa de vino dónde habrá quedado el romance, dónde habrán quedado los votos que una vez se juraron bajo las estrellas del cálido mar Caribe.

Pero ya esas cosas no importan, son solo pesadillas de un pasado perdido. Es mejor de esta manera, quién sabe a dónde hubiera llevado esa *vie bohème*, esas noches de bares sin sentido. Ya todas sus amigas de aquella época se encuentran casadas también y con hijos, pero este estar tan cansada, este no tener tiempo para una misma, este querer dejarse llevar por las olas, este estar siempre sola con los niños, sin William que tanto trabaja el

pobrecito, que no tiene si quiera tiempo para sacarme a cenar, a veces, una vez al mes, o cuando nos invitan a una de sus cenas de negocios, cuando no se encuentra viajando a cualquier país, pero él es tan buen padre, y tan buen esposo, y provee para la casa, y nunca ha hecho nada reprochable, nunca la ha golpeado ni la ha engañado, tan bueno que es.

Treinta y cinco años, catorce de matrimonio, un apartamento en la playa, regaló de William que tan bueno es, para ir los fines de semana con la familia, con la de ella y los niños, él siempre está viajando o trabajando, el pobrecito, siempre tan cansado que ya solo tienen sexo una vez por mes, a veces una vez cada quince días, pero es el cansancio, son las largas horas de trabajo, todos los viajes, esas cosas cansan, mucho más que criar a dos niños, que ya están tan grandes, y cómo pasa el tiempo, como se va perdiendo de vista aquel pasado neblinoso, aquellas noches donde todo era futuro y banalidad, donde todo eran sueños e ilusiones por resquebrajar, donde todo aún quedaba todo por hacer, todas las posibilidades por ser.

Pero siempre, en algún momento, en algún lugar, por alguna razón, Beatriz se acordaba de lo que una vez pudo ser. Se acordaba de su guitarra, se acordaba de lo feliz que era dando clases, se acordaba de lo feliz que era andando de bares con sus amigas, se acordaba de lo feliz que era conociendo nuevas personas cada noche, pintores, farsantes, escritores, doctores, estudiantes, soñadores de cosas imposibles; pero ahora era mucho más feliz se repetía en el espejo una noche cualquiera en la cual William aún no había llegado. Ahora era más feliz, seguro que esa chismosa de Karla no estaba más que envidiosa y por eso se inventaba que había visto a William con una jovencita allá en lo de los suizos, chismes, puros chismes, por eso era mejor dejarle de hablar.

Empezaron las llamadas a su celular. Empezaron los olores en su pelo. ¿O tal vez siempre habían estado ahí? ¿Se había hecho siempre la ciega o ahora era

que empezaba a suceder? Tal vez todo no era más que su imaginación, o la realidad, o había sido por los niños que ya tan grande estaban; la bella Carolina ya en la universidad, Martín tomándose un año sabático y viajando por Europa; o tal vez era que se sentía vieja, que esto era parte de ser normal, aceptar que los hombres engañan a las mujeres, pero todavía sigo siendo la señora de la casa, todavía sigo siendo la madre de sus hijos, todavía sigo siendo la que una vez fue... o tal vez...

¿Cuántas lágrimas se derraman antes de aceptar la realidad? Cuántas llamadas por las noches, cuánto lápiz labial ajeno, cuántos meses sin sexo, cuántas discusiones más son necesarias antes de aceptar la realidad, antes de darse cuenta que. Pero tener 42 años, y los niños, aunque ya están grandes, pero la sociedad, ah la sociedad que tanta importancia había adquirido en 20 años de matrimonio. Joder y echar por la borda todo este tiempo, aceptar la derrota, simplemente rendirse y aceptar que se tomó un mal camino.

¿Cuántas lágrimas se necesitan antes de aceptar la realidad?

Todo lo que toma es una confesión de culpa, unos tragos de más en la cabeza, un qué tanto es que peleas ahora si siempre te sigo siendo infiel, durante 20 años te he pegado los cuernos y nunca te quejaste, no me jodas ahora y déjame dormir. Y el silencio, la mirada fría, la cruda aceptación de un pasado destrozado, de un futuro oscuro, de un sentirse humillada hasta el punto de lo ridículo.

Hasta que listo. Llenar la maleta, llamar a Karla, pedirle excusas y descubrir que los amigos de siempre son los amigos de para siempre. Y claro que puedes venir para acá, todo el tiempo que necesites, ven ahora mismo y no te preocupes por nada. Manejar como un zombie por las calles de la ciudad, en automático, con el cerebro totalmente apagado. Imposible pensar nada con tantas cosas que quedan por pensar, un corazón acongojado y destrozado,

una vida hechas pedazos, tantas explicaciones que dar, tantas, pero tantas cosas.

Esa noche Karla y Beatriz fueron a un bar en una Zona Colonial que había cambiado tanto en 20 años que ya era otro lugar distinto enclavado en cuatro paredes que tan poco habían cambiado en 500 y tantos más. Una botella de vino para las amigas, unos cuantos tragos y Karla que se levanta para ir al baño y allá en el fondo sonaba una canción cargada de recuerdos, del peso de otra vida olvidada en una estación, una canción de la cual nunca se aprendió el nombre. De la nada un hombre de sombrero gris y ojos verdes se le acercó y le preguntó, ¿Está ocupada esta silla?

III

- Entonces, ¿Vienes a la fiesta del novio de Marta o no? - Preguntó Karla, luego de volver del baño...-

“Sí, déjame ir al baño primero”

Y camino al baño se topó con Gabriel.

Día lluvioso, como lo han sido todos en este otoño gris. Había ya pasado un mes de sopor y sublimación y juegos a las escondidas con la realidad. Un mes de perfecta evasión. Una forma de no caer en la irracional marea de las emociones golpeadas. Pero era mucho más que eso, y que todo, y que la lluvia que hacía tanto que no dejaba de caer.

“Es, será, fue, por siempre y para siempre.”

Gabriel vagamente percibía que era hora de levantarse, de cortarse la maleza, exorcizar la mugre de su piel y salir de una vez por todas a la sociedad, esa materia suspendida, el tornillo como unidad reverberante de la colmena.

Para él lo más difícil era la pérdida del centro, el rompimiento de lo natural, de lo concreto. Ese cambio de placas tectónicas que de repente y sin aviso te deja solo en el universo, más solo aún. Leve, insoportablemente leve. De repente toda su vida fue caída, lenta y agobiante caída. Y durante la caída surge la cuestión.

Solo le quedaron la barba y las moscas ahogadas en los vasos de whisky y cerveza. Las barricadas de cigarrillos en las tasas de café, el sopor, ese interminable sopor que se mete y te arremete con fuerzas y sin piedad.

“Tantas máscaras Gabriel, tantas máscaras y al final para qué. Tanta razón y yo lo sabía, y sabía de la soledad, y sabía de la inefable absurdidad de todo y como sea caí en la trampa de esta basura cultural que nos han confeccionado. Todo por unos besos pasajeros, por un amor de telenovela. Perdido entre mentiras y miedo y renuncia a la libertad. Libertad Sartre, libertad de todo y para todo.”

Gabriel alcanzó sus cigarrillos, encendió otro y una vez más se perdió en el recuento del pasado, como tantas veces en las últimas 1008 horas, divagando entre los recuerdos de lo que fue y ya no es, de lo que pudo ser y ya no será. *“Fluye Heráclito, fluye y déjame en paz en este momento estático.”*

Era ya la quinta vez que le pasaba. De momento, caminando por la calle, alejado de cualquier tipo de preocupación existencial o terrenal y allí le venía, ese miedo irracional, ese pánico, esa sensación de estar en un peligro inminente, ese recuerdo nublado de algo que nunca sucedió. Un flashback a una vida no vivida, un arrebató de todos los sentidos que lo empujaba a sentarse, encender un cigarrillo, esperar unos minutos hasta que el terror se aleje. Ese frío, esa oscuridad interna que de repente te sumerge en otra realidad. Gabriel no entendía el por qué el sudor le recorría todo el cuerpo, el

por qué sus manos temblaban, el por qué esta aprehensión en el medio del pecho.

Un copazo, dos, humo, el calor volviendo, lentamente la normalidad retornando a su cuerpo, el sudor disipándose con el fresco viento de este domingo por la tarde, porque siempre son más frescos los domingos por la tarde que el resto de los días de la semana.

“Morirse con el corazón destrozado, sentado en un cubículo de esas factorías del siglo XXI. Contestando un teléfono para resolverle los asuntos a toda una nación basada en la satisfacción instantánea y el consumismo voraz mientras sus pequeños esclavos se quedan sentados en un cubículo picando y picando y trabajando horas extras y extendidas para poder pagar una habitación, un poco de comodidad prestada. Las gemelas chismosas, los maricones escondidos y destapados, el cristiano reprimido, la hipocondríaca de barrio, el excon, el expat, el hiperbólico de baja autoestima, la menor, la puta y el drogadicto, todos los elementos de una sociedad cada vez más parecida a todas las sociedades que le precedieron y las que le han de seguir, se confabulan para materializarse en esos centros de esclavitud semi-voluntaria.”

Gabriel divagaba entre la fiebre, el desamor y el murmullo de la ciudad.

”Los otoños son momentos de renacimiento, de lanzarse de cara por el hoyo del conejo y caer aparatosamente hasta el otro lado, hasta ese algo desconocido que yace en el más allá que tan cerca se encuentra. Esta jodida fiebre me tiene hablando disparates, mierda.”

“Yo por mis hijos hago lo que sea.” dijo una vez el excon. Y Gabriel, siendo él y sin poder reprimirse le contestó entre el desamor y el aburrimiento, “Pero ¿Por qué tener hijos? ¿Para traerlos a coger lucha al mundo? ¿Para satisfacer una necesidad personal de no sentirnos solos? ¿Para sentirnos con

poder sobre la vida de otra persona cuando la de nosotros se ha ido al traste? ¿Para qué amar, para que le sea roto a uno el corazón?” Y en ese mismo momento se arrepintió de haber hablado siquiera.

Ese día la conversación siguió por donde siguen todas las conversaciones entre personas atadas a una serie de conceptos y constructos que no tienen lógica ni pueden realmente explicar, ese tipo de conversaciones circulares que van desde “porque sí” hasta “porque sí”, pasando por una serie de aguados intentos de racionalización que no hacen más que provocarle ansiedad al defensor/acusado. Y fue cuando Gabriel decidió no volver a su trabajo. Esto fue a los pocos días de que ella lo abandonara, antes de las barbas y la maleza, antes de que el dolor se hiciera aún más fuerte.

El 8vo círculo del infierno, sin Virgilio ni esperanza de encontrar a Beatriz. Pobre Gabriel, enamorado hasta la muerte de una mujer que decidió dejarlo de amar demasiado rápido, después de tantas promesas de infinito y eternidad, de tantos besos, de tantas noches que ahora le parecen tan pocas, pobre escritor condenado a sentir demasiado, a vivir demasiado, a sufrir demasiado.

“Al final no eras tú, ni era yo. Eran esas pequeñas cosas que nos sucedían mientras estábamos juntos, esos atardeceres, esas nubes con formas extrañas, esas sensaciones de totalidad, las canciones y los besos, los abrazos que lo hacían olvidar todo” Esto era lo que Gabriel quería querer decirle a Beatriz, a su Beatriz amada, a su Beatriz que se había marchado y lo había abandonado por ser demasiado poeta, por ser exactamente de lo que ella se había enamorado.”

“Y yo allí, sentado al final de la barra, y ella pidiendo un trago con todo ese dolor en sus venas, con toda esa pasión en sus labios, qué pude hacer pues sucumbir ante el llamado al heroísmo y caer una vez más por el mismo ciclo

de amor y desamor, de anhelo y odio con devoción. No es mi culpa, es mi sino el amor y la traición. Por lo menos no soy como Carlos que se empeña en amar a la perfección o como Rafael que se deshace por amores imposibles e intangibles. Yo muero y vivo por el heroísmo, por el rescatarlas de ese infierno en el que viven. Y como Orfeo que se enfrentó a Hades en busca de una solución, con el arpa entre mis dedos le pinto una ilusión al destino hasta que fatalmente caigo presa de mi propia naturaleza impaciente y vuelvo la mirada para darme cuenta de que solo era lo que siempre fue, una estatua de sal, un recuerdo arrastrado por las olas de un nuevo rescate, de una nueva aventura. Karma y redención y Epicuro que se esconde tras sus yerbas y sus árboles frondosos; y yo en esta jaula de asfalto y metal tratando de escapar y lograr algo épico y real. Ay! Magritte, ce n'est pas une vie; pero ¿Qué es entonces? ¿Un sueño mojado o una canción desesperada? ¿Quién dijo que 3 rayas de coca me iban a hacer mejor escritor? Si la mejor inspiración yace en los labios de Musas escurridizas que aún me mantienen alejado de su mundo idealizado. Porque eso es lo que son las Musas, una puerta abierta de donde se escapan cantos a la belleza, a la pasión, a los sueños y las heridas; poemas flotando entre suspiros, miradas y besos por dar. Ya la he escrito mil veces y aún no puedo plasmar esa llama irreverente que yace en el fondo de sus ojos. Y me cago en los rinocerontes que...”

Lentamente Gabriel la iba odiando más y más, allí sentado en la habitación oscura, fumando y bebiendo de a ratos, solo un poquito, solo lo necesario para no estar sobrio, porque era allí, en la sobriedad cuando más la odiaba, cuando estaba lo suficientemente consciente como para poder darse cuenta de todo lo que había perdido, de todo lo que ya no era su realidad.

Borracho solo la extrañaba, la idealizaba, la amaba como siempre y hasta jamás. Pero esa sobriedad, ese ruido blanco que le iba carcomiendo los

recuerdo y dejándolo a solas con el dolor, el rencor y un desolado corazón cubierto de cenizas húmedas, camas vacías y abrazos sin devolución.

“Tú, eres un idiota” Le espetó Luis desde la puerta “Un perfecto idiota.”

“Dice el idiota mayor. ¿Cómo tu abriste la puerta?”

“Con una llave.”

“eh... y yo no soy un idiota, oíste!”

“Bueno, teniendo en cuenta que te estás mantenido borracho para poder seguir amando a la Beatriz esa, o mejor dicho estás evadiendo la sobriedad para no tener que odiarla como ella se merece por muy racionales que hayan sido las explicaciones que te dio para mandarte al carajo.

Esto es un ratón... ah, no... ok.

Así que sí, tú eres un idiota que no puedes ni siquiera hilvanar una secuencia de ideas para poder rebatirme el que yo te esté llamando idiota.”

“No me jodas tú Luis, no ahora.”

“Y he ahí mi confirmación. No tengo nada en contra de que te la pases borracho todo el día, es el por qué lo que me molesta. Mientras tu ex anda allá en el mundo viviendo en toda la extensión mundana de la palabra, tu estas trancado en una habitación mirando a esa única maldita ventana todo el día. Renunciaste a tu trabajo, por muy mierda que fuera, y si me dijeras que fue para sentarte a escribir te lo acepto, pero lo único que haces es emborracharte y mirar al vacío Gabriel, ni tanto tiempo que duraste con la jeva esa.”

“Es casi imposible escaparse de este vacío, de esa sensación de que te han robado el suelo. Es la pérdida del centro Luis, es como cuando se era y ya no se, es más.”

“Las hojas de balance son para los débiles de corazón Gabriel. El que no puede cargar con las consecuencias del juego, que mejor no lo juegue.”

”Sí, claro. Pero es que esto no era parte de las reglas.”

“Claro que si, en toda relación amorosa se encuentra la semilla del fracaso, de la traición, esa ventana abierta para cuando las cosas simplemente no funcionen.”

”Pero lo de nosotros era diferente, totalmente diferente...”

“Si claro, se nota. Y más que nada en la forma en que te dejó. Para mí ella no es más que una idiota desalmada.”

“No es tan simple.”

“Si lo es Gabriel, tu solamente lo complicas por tu incapacidad de tomar las cosas como lo que son. Siempre tienes que sobre-analizar la realidad e irte por tangentes que no llevan a ningún lugar.”

“¿Y tú? Que bailas entre Musas, me reprochas a mí que adolezca por una de ellas, por la más grande de ellas?”

“No es lo mismo.”

“Ni es igual Luis. A ti lo que te molesta es que sabes que yo tengo la razón y que estás aquí porque eres mi amigo y me quieres y sientes que en este momento estoy sobre-reaccionando ante el “simple” hecho de que la mujer de mi vida me dejó. Tú, que vives envuelto en tu *laissez faire* y en tu realidad tan tuya y tan tus reglas, ¿me recriminas a mí? Cuando sabes muy bien que la tuya es tan cierta como la mía; y si en esta situación en particular tú decides ignorar ese hecho debido a que te duele verme arrojado a esta depresión voraz, es porque eres un incoherente y un idiota, y ya esos son dos pecados absolutamente imperdonables por separado, imagínate lo que será cuando se encuentran combinados.”

“Pues si prefieres te dejo Gabriel, sigue envuelto en tu miseria, sigue envuelto en tu displacer que al parecer tanto te gusta. Sigue perdiendo el tiempo en una mujer que ya probablemente ni siquiera se acuerda de tu nombre.”

“Vete para el carajo Luis, vete para el carajo, ni tu ni nadie nunca van a comprender el amor que Beatriz y yo tenemos... tuvimos... que yo tengo por ella...” Pero ya Luis se había marchado. Gabriel se quedó solo en su silla, bebiendo de su botella de ron barato, fumando sus últimos cigarrillos, dejándose llevar por esa lluvia tenue que empezaba a derramarse por esa ciudad maldita donde en algún lugar se encontraba Beatriz, Beatriz dormida, Beatriz enamorada, suicida y olvidada; Beatriz siempre musa y extranjera, lesbiana y cabaretera, Beatriz etérea, eterna, externa, enferma, encerrada, enterrada; Beatriz nombre y crimen por cometer, bailando entre sapos y desencantos, siempre buscando esa parapetada ilusión de un príncipe azul, siempre tantas cosas y tanto nada; su Beatriz amada, su Beatriz perdida, viviendo su vida, ajena a los sufrimientos de Gabriel, el escritor, el poeta, el amante, el que le susurró poemas a la oreja al amparo de la luna y las estrellas mientras sus pies eran acariciados por las olas del Mar Caribe, Gabriel el que un día borracho, sin querer, la empujó y la hizo caer, Gabriel el que no se acordaba de nada, Gabriel el que nunca sabría que en esos momentos Beatriz se encontraba sentada en un banco del Parque Colón alimentando palomas, Beatriz a quien se le sentaba a su lado un hombre de rizos color miel, de ojos verdes y sombrero gris, que abría un paraguas y le preguntaba “¿Te molesta si cubro de la lluvia?”

-Entonces, ¿vienes a la fiesta del novio de Marta o no?- Preguntó Karla, luego de volver del baño...-

Natalie Noria Nuñez Nolasco, lesbiana, gorda y bizca. La pobre Natalie no tuvo nada a su favor y según algunas teorías se había decidido por el lesbianismo ya que en el peor de los casos era su única oportunidad de tener una pareja. Lo cual parecía ser una teoría popular teniendo en cuenta la cantidad de gordas y feas que se habían decidido por lo mismo. Natalie era la única del grupo de amigas que tenía un carro; estudiaba derecho en la misma universidad que Karla y Beatriz y las había conocido el primer semestre del ciclo básico y desde ese momento siempre para arriba y para abajo con ellas. Era el alma de las fiestas, la de los chistes, la que siempre estaba dispuesta a cualquier aventura, la que siempre estaba allí para ellas. El payaso que baila, canta y ríe para acallar el llanto eterno que emana de su interior.

“Sí, vámonos. Pero déjame cruzar primero al colmado a comprar unas mentas.”

Beatriz cruzó la calle, compró sus mentas y regresó a donde las esperaban Karla y Natalie. Caminaron hacia el carro sosteniendo una de esas conversaciones que son imposibles de recordar por su propia irrelevancia.

Montarse en el carro, ponerse el cinturón de seguridad esa trampa maldita que nos han vendido gracias a los experimentos realizado es una serie de muñecos que no sienten, ni respiran, ni viven, ni hacen realmente nada más que ir y venir con el impacto.

Arrancaron el carro y de repente el impacto, el caos, toda la realidad arrebatada, ir y venir y sentirse en otro lugar que no es el lugar donde se debería de estar. Las vueltas, el perder el centro; los cristales rotos penetrando la piel, el cuerpo doliendo en tantas partes diferentes al mismo

tiempo que es imposible de saber dónde duele. La pérdida de la conciencia y la recuperación casi inmediata y todavía doler en todas partes y todavía estar en el mismo caos y volver a caer en la inconsciencia y escapar de esta realidad tan absurda que se desgrana en puro dolor.

Beatriz soñó que era Alicia persiguiendo al conejo, soñó que era Penélope esperando a Ulises, soñó que era Tarpeya a punto de ser aventada por el risco, soñó que era Salomé y Simone, soñó que era todas y todos al mismo tiempo, soñó que su sueño duraba toda una eternidad y que ya nada le podía doler. Pero por momentos recobraba la consciencia y volvía a la realidad del dolor de los cristales en su cara, del metal en sus costillas, del cinturón de seguridad que la aprisionaba, del fuego que se extendía. Y volvía a desaparecer entre las caricias de los recuerdos de tantas vidas que nunca fue.

Soñó por un momento que le hablaba a Virgilio, que lo inspiró a cruzar todos los círculos del infierno, soñó que impulsó a Dante a cambiar la literatura como la conocían; Y por otro momento más, soñó que era Beatriz, Beatriz Elena, Beatriz Elena Viterbo, la de Borges, la que sin nunca ser, fue tanto; la que lo llevó al Aleph, la que lo hizo descubrir el punto donde todos los puntos del universo convergen.

Beatriz soñó el ruido que se hacía a su alrededor, la gente que gritaba sin control, soñó a los idiotas que conducían el carro que las chocó, soñó que era Helena y que París se enamoraba de ella locamente, que el mundo entero se movilizaba e iniciaba una guerra sin sentido ni propósito, como lo son todas las guerras, estúpidas y por ella.

Soñó todas las canciones y todas las fantasías, soñó cada trago de vino que se daba la humanidad, cada copazo de un cigarrillo, cada humo de té; cada *petite mort*, las fingidas y las reales, soñó que toda la eternidad no era más

que una ola que se rompía en una playa cualquiera de cualquier lugar a los pies de estatuas de miel y saliva.

Beatriz soñó que fue una niña que construía fantasías que eran realidades que eran fantasías, porque para ella el mundo era muy real, demasiado oscuro, demasiado... Soñó que la niña salió una noche y miró hacia el firmamento y pintó una luna de colores y unas estrellas, y luego todo el firmamento fue su lienzo y pintó estrellas fugaces y constelaciones, y risas que la llenaban de inspiración. Y luego, la niña que construía fantasías que eran realidades que eran fantasías y pintaba estrellas y lunas de colores y constelaciones que le llenaban la imaginación, plantó un árbol que no daba frutos y unas flores que le servían de corona y de manto y lecho. Luego la niña que plantaba flores que le servían de lecho y de manto y de corona, y árboles que no daban frutos, y que pintaba constelaciones y lunas de colores y estrellas y que construía fantasías que eran realidades que eran fantasías, decidió que iba a escribirse una lluvia y un arcoíris para poder subir hasta las nubes y jugar con ellas, y saltar de una nube a otra colmando el firmamento de risas y felicidad. Al final soñó que la niña que saltaba de una nube a otra, que se escribió una lluvia y un arcoíris, que se pintó estrellas y una luna de colores y constelaciones, que plantó árboles que no daban fruto y flores que le servían de corona y de manto y de lecho, que se construía fantasías que eran realidades que eran fantasías, al final se casó con el viento. Y simplemente fue una con el viento y voló por debajo de su luna y sus estrellas, y por encima de sus árboles y sus flores, y de su realidad que era fantasía que era realidad, y simplemente fue música.

Pero el sueño terminó y pudo escuchar las sirenas, el murmullo de la gente, los llantos, el horror, las culpas, las excusas, pudo ver unos ojos verdes que la cargaban, pudo ver un sombrero gris, pudo ver cómo el fuego brillaba y se le iba la conciencia y regresaba y por un momento pudo sacar fuerzas y

preguntarle a los ojos verdes qué había pasado “*te golpeó un meteorito, tranquila, ya estamos de camino al hospital.*” Y esa voz tan dulce, tan tranquila y la oscuridad de nuevo, y simplemente confiarse y dejarse llevar.

EL CHICO DE SHANGAI



Martín caminaba por la playa en esas horas perdidas entre el momento en que las putas se van a acostar y las señoras de sociedad se levantan. Roto, borracho, vacío. Sin unos brazos a los cuales volver, sin una razón por la cual seguir vivo; simplemente continuando con el impulso inerte del inspirar

y expirar que nos arrastra por la existencia. Tanta luna y tantas estrellas y tanta playa mojando sus pies que se empeñaban en seguir caminando sin destino, sin razón, solo empujándolo, uno delante del otro, el otro delante del anterior, y seguir y la marea y caminar.

De repente una visión se le presentó al fondo de la playa, un vestido blanco tatuado sobre el cuerpo de una diosa de pelo negro, bailando con el viento de la madrugada fría, flotando sobre la arena hacia oriente. Martín se detuvo por un momento, se lavó la cara en el mar, volvió a mirar. Allí estaba aún, caminando como Martín nunca había visto a nadie caminar, con gracia, casi flotando sobre la arena húmeda. Decidió seguirla.

A medida que caminaba, pudo divisar en la punta de la playa una escena totalmente fuera de contexto. Una serie de sillas se agrupaban frente a una gran tela blanca sobre la cual parecería que se proyectaba una película. Hacia allí se dirigía el vestido blanco que flotaba sobre la arena, hacia allí se dirigía el pelo negro que cubría los hombros de la diosa desconocida. Mientras se acercaban, Martín pudo ver como la diosa se sentaba. Él se detuvo y la observó. El perfil, el pelo negro ondulado ondeando al viento, sus senos perfectamente marcados bajo el ligero vestido blanco. De repente ella lo miró.

Martín no supo que hacer, si huir despavorido, correr hacia ella, lanzarse al mar abrumado por la vergüenza de aquel que ha sido capturado haciendo algo prohibido. Ella sonrió y con un gesto le invitó a acercarse, a sentarse. Martín caminó lentamente, y se sentó, pero alejado de ella; sin el coraje suficiente como para poder sentarse a su lado. Por un momento continuó observándola, admirándola, absorbiendo cada curva, cada gesto, cada emoción que atenazaba el corazón de la diosa. Decidió concentrarse en la serie de imágenes que estaban siendo proyectadas, tratar de no parecer un

perverso acosador. Y lentamente se dejó absorber por la serie de imágenes, la historia de una chica en otro lugar, de un chico en otro. Por segunda vez esa noche, sintió que se había enamorado.

Durante los próximos 40 minutos Martín se dejó secuestrar por las imágenes que se presentaban en la pantalla. Dejó que las emociones y los personajes lo transportaran a un estado en el cual nunca antes se había encontrado. Los ojos se le aguaron en un momento, rio en otro, se sentó al borde de la silla y justo cuando el sol iniciaba su ascensión triunfal sobre el mundo de la oscuridad, justo en ese momento, la película terminó. Acongojado, arrojado por las emociones, totalmente enamorado del creador de una serie tal de imágenes, de aquel que le brindó esa historia; Martín buscó con la mirada a su diosa, para agradecerle, para entregarse a ella, para compartir lo vivido en esa madrugada mágica. Pero ya ella no se encontraba allí, se había desvanecido con la neblina de la mañana.

Martín se levantó mientras unos hombres recogían las sillas y desmontaban la pantalla, miró a todas partes y por un momento pensó que tal vez ella había sido un sueño, una diosa enviada a mostrarle el camino hacia aquella peculiar proyección. Agarró por el brazo a uno de los que recogían y le preguntó si había visto a la única otra persona que había estado allí esa noche con él. El muchacho le dijo que se había ido justo antes del final. Martín sonrió y empezó a caminar hasta su casa, enamorado dos veces, de la diosa misteriosa y del director de la película. Por primera vez en sus 35 años, Martín se sentía vivo, sentía que su vida podía tener un sentido, sentía que podía tener dos.

Camino a su casa se paró un momento en un internet café que sabía abría temprano para servir desayunos. Pagó una hora de uso y buscó el nombre del director de la película que acababa de ver. Buscó su biografía, buscó

imágenes de sus otras películas, buscó fotos de él, trató de aprehender en una hora todo lo que pudiera sobre el director. Al vencerse la hora y sin más dinero en los bolsillos, Martín caminó a su casa, feliz, sonriente, más enamorado aún.

Al llegar a su pequeño apartamento de una sola habitación, Martín empujó a un lado unas ropas sucias que desde hacía meses se encontraban sobre la cama y se entregó al cansancio. Por primera vez en muchos años, soñó. Soñó con la diosa caminando por la playa, esta vez iba vestida con un traje de hombre, negro, corbata negra y lentes oscuros. Ella le sonreía y le invitaba a venir. Martín caminó hacia ella y de repente se vio frente a un espejo. Ahora era él el que tenía el traje y las gafas oscuras tan características del director que lo había enamorado, fue a tocar el espejo y de repente todo era mar, medio día y medía noche, y en la arena, 3 peces vivos bailando la danza de los que mueren fuera de su ambiente; en el centro de estos unas gafas oscuras. Un rayo cayó sobre estas. Martín despertó.

El reloj de la mesa marcaba las 7:43 de la noche. Martín alcanzó un cigarrillo, se lo puso en la boca y trató el encendedor. Una vez, dos veces, tres veces antes de que este fuera a parar en la pared de enfrente. Se sentó en la cama y contempló el caos y la suciedad en la cual su vida se había convertido desde hacía meses cuando ella decidió irse. Allí en el espejo aún se encontraba esa primera foto que él le había tomado en su tercercita; la foto sorprendida, la sonrisa genuina, sus viejas botas color crema. Ya todo había quedado reducido a cenizas. ^[L]_[SEP] Se levantó y caminó los 3 metros que lo separaban de la cocina, encendió la estufa con el viejo encendedor gastado que guardaba junto a ella para estas ocasiones y encendió su cigarrillo. El primer copazo era siempre el mejor, el que más profundo aspiraba, el que más dolía en la garganta; el que le recordaba que aún estaba vivo. El humo bajando por su garganta, quemando sus pulmones, llenando toda su nariz de

alquitrán y sus venas de nicotina. Abrió la puerta y se quedó allí en el marco, fumando, mirando hacia la calle de lodo y piedras, pensando en el director chino y en su diosa de pelo negro y vestido blanco. Sus dos amores de la noche anterior. ¿De verdad había sucedido todo esto? Dónde había estado toda su vida que nunca había visto una película como esa, los sentimientos, la velocidad... el dolor.

Al terminar el cigarrillo lo tiró en la calle y entró dejando la puerta abierta; total, no había nada que robarse en su casa. Una casa tan vacía como él; solo una nevera ejecutiva con la puerta ajada, una estufa oxidada de una sola hornilla, una mesa de tres patas siempre a punto de caer, un viejo colchón lleno de lágrimas y autosatisfacción. Un lugar tan destruido como su vida, un lugar en el cual ya ni siquiera las cucarachas tenían nada que buscar.

Se lavó la cara y se cepilló los dientes en el fregadero, se puso desodorante, una camisa y a la calle. Tenía que encontrar a su diosa de pelo negro y vestido blanco, tenía que averiguar quién era ella, tenía que agarrarse desesperadamente a esa pequeña llama que la noche anterior se le encendió en el centro del pecho, allí donde todo más duele.

Pero no será que te estás levantando ahora? le preguntó Medina, el gordo que atendía el colmado al lado de su casa. El mismo que le alquilaba la pequeña habitación. Sí gordo, qué te puedo decir. Pásame unos cigarrillos y anótamelos en mi cuenta. Medina le pasó unos cigarrillos. Tienes que espabilarte ya muchacho, estas haciéndote mierda por seguir bebiendo como un demente. Olvídate ya de esa mujer y búscate otra.

Hablando de eso, pásame una chata de ron para ir calentando y no te preocupes, anoche me enamoré.

Anja, y de quién?

No de quien, si no de quienes. Anoche en lo que andaba por la playa me encontré con una diosa de pelo negro y vestido blanco que me invitó a ver una película que estaban pasando allá en la punta. Estoy enamorado de ella y del director de la película esa, un chino ahí, Guon Car Guai.

Película en la playa, diosas vestidas de blanco y un chino? Te estás volviendo maricón y loco, ahora si se jodió esta vaina.

Tú lo que eres es un ignorante Medina, tú no sabes ni mierda de arte. Martín se alejó del lugar molesto mientras Medina se reía a carcajadas detrás de él y gritaba, oye a este borracho, dizque artista ahora.

Mientras Martín se daba el primer trago de ron iba pensando que él tampoco sabía nada de arte. Lo único que sabía de arte era que había pinturas y que la película que había visto la noche anterior le había movido de una manera que ninguna otra película lo había hecho antes, le había despertado un hambre que nunca antes había sentido, una necesidad de saber más, de tener más de eso que nunca antes había tenido. Peor aún, le había demostrado que tenía un vacío que nunca supo que tenía. Necesito encontrar a alguien que sepa de arte, ¿pero quién? Pensó mientras caminaba con la cabeza baja, una vez más sin saber a dónde se dirigía.

En ese momento su estómago le indicó el camino a seguir. Ese primer trago de ron, y el no muy sutil olor a carne del restaurante por donde acababa de pasar, le recordaron que no había comido nada desde el día anterior en la tarde. Encaminó sus pasos hacia donde Jimmy, el haitiano que vendía hamburguesas cerca de la plaza.

Viejo, dame una vaina de esas que llamas hamburguesas y una cerveza.

Se sentó en una de las sillas de plásticos con su cerveza. Mientras se daba el primer sorbo se dio cuenta del ventorrillo que quedaba al cruzar la calle, el

lugar donde los haitianos vendían sus cuadros. Siguiendo un impulso de esos impulsos que son siempre impulsivos, se levantó y cruzó la calle mientras Jimmy le gritaba algo y él con una seña le indicaba que volvía de una vez. Si en algún lugar encontraría a alguien que supiera de arte, seguro que sería allí donde tantas pinturas había.

Entró al lugar y al instante quedó totalmente sobrecogido por las diferentes imágenes presentadas en los cuadros, por todos los colores, por los juegos de las luces, por el laberíntico lugar. Mientras se encontraba absorto frente a uno de los cuadros se le acercó Dominique.

Quiere un cuadro?

Tú eres uno de los pintores?

Antes pintaba, pero me enfermé y los muchachos me dejan atender el lugar para ganarme algo de comida y de paso vivo aquí y les cuido las pinturas.

Ah, pero si tú eras pintor tú tienes que saber de arte?

Claro. ¿Qué quieres saber?

Todo lo que me puedas decir!

Eh. Pero, qué quieres saber? ¿Cómo mezclar colores?

No, yo lo que quiero saber es de cine. Conoces Guon car guai? -

Al chino que vende los chofan en el pueblo? Sí, he ido un par de veces allá a comprar.

No, no. Al director de cine, el que hace películas. ¿Cómo tú me dices que sabes de arte y no sabes de él?

Películas de patadas? Yo de cine no sé nada. Al único chino que conozco es al de los chofan. si quieres Pero te puedo vender un cuadro barato.

Martín salió derrotado del lugar. Volvió donde Jimmy a comerse su hamburguesa. Mientras comía sintió la mano fría de la angustia apretándole en el pecho. Cómo iba a poder saber quién era la diosa de pelo negro y vestido blanco. Quién le iba a poder enseñar algo de cine, algo de arte de verdad. Algo que fuera más que artesanía producida en masa.

Terminó su cerveza y pagó. A vagar de nuevo por las playas, a recorrer los pasos de la noche anterior, a recrear la borrachera, a tratar de encontrarse con su diosa, con su película, con todo eso que le había dado de repente una nueva razón para vivir. A medida que camina, a medida que un trago de ron era sucedido por un copazo, volvían las imágenes de ella; tanto la había querido, tanto había dado por ella, tan fiel le había sido y al final, vacío y derrota, abandonado. La nada.

Llegó hasta la punta y la encontró desierta. Ni diosa ni proyección de ninguna película. Ni una sola persona a quién preguntar. Se sentó en la arena y lloró. Lloró como lloran los borrachos, con dolor infinito, sin vergüenza, sin restricción. Maldijo el nombre de Ana una y mil veces, maldijo a su diosa y al director, maldijo esa angustia que le atenazaba el corazón. Maldijo y lloró hasta que el corazón y el pecho no pudieron más y cayó dormido.

Las primeras luces del día le despertaron. Por un momento no supo donde se encontraba y entre las espumas blancas de la marea vio a su diosa de pelo negro y vestido blanco llamándolo a que la acompañara al mar. Pero no era más que la espuma de las olas rompiendo en la orilla, una ilusión. Sacó un cigarrillo y se quedó sentado un rato, copazo a copazo aspirando la mañana.

Miró su reloj y se dio cuenta que todavía le faltaban dos horas para entrar a trabajar. Con pereza se levantó y caminó hasta su casa.

El agua fría de la ducha le terminó de despertar. Cepillarse los dientes, afeitarse, comerse un pan con mantequilla, bucear entre la pila de ropa sobre

la cama buscando la que menos apeste, encender un cigarrillo y lanzarse a la calle de nuevo. El sol le cegó por un momento. Café El único pensamiento claro que Martín tenía en este momento. Caminó hasta la plaza y compró un café donde Tomás, el viejo que desde siempre había vendido café en ese lugar. Se sentó a esperar a que llegara Carlos a abrir el negocio.

Martín trabajaba enrolando tabacos en una tienda especializada en cigarros y cigarrillos. La única del pueblo entero. Era un buen negocio para el dueño, tanto por la ubicación como por el hecho de que turistas y locales compraban regularmente los tabacos enrolados a mano por Martín. A él le dejaba lo suficiente como para pagar la miserable habitación donde vivía, pagarse los cigarrillos, la comida y el alcohol de cada día. Y aún le sobraban los ahorros que tenía guardados bajo el colchón para algo que no sabía lo que era, pero todo el mundo siempre le había dicho que era bueno ahorrar.

Por fin Carlos llegó a las 8:13. ^[L]_[SEP] Y qué fue Martín, estas hecho mierda.

Nada. le contestó mientras organizaba sus cosas para empezar a trabajar.

Todavía sigues amargado por lo de Ana? Viejo, ya es hora de que te olvides de eso y sigas con tu vida.

No, no es eso. Es... olvídalo, tú tampoco vas a entender.

Vamos hombre, dime. Para algo son los mejores amigos.

En eso Carlos estaba en lo correcto. Martín lo consideraba su mejor amigo. Siempre habían estado allí el uno para el otro desde que se conocieron cuando eran solo unos muchachos corriendo por el barrio. Cuando Ana se marchó, fue Carlos quien se sentó a escucharlo, a servirle de hombro sobre el cual llorar. Lo recibió en su casa cuando lo sacaron del apartamento después de que Ana se fue y le consiguió el trabajo en la tienda de cigarros.

Siempre a su lado, tratando de que saliera de esa triste depresión en la cual se había perdido luego de la traición.

Bueno. El sábado en la madrugada estaba caminando por la playa, tú sabes. De repente me encontré allí en la playa a la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Al principio creí que era el jumo; pero no, ella era real. La seguí un rato y de repente ella me hizo una seña para que la acompañara a ver una película que estaban presentando en la punta. Y de repente me enamoré por segunda vez en la noche Carlos. Esa película me cambió el mundo, me enseñó otra forma de ver la vida. Cuando la película se acabó ya ella no estaba ahí. Se había ido.

Ok. Te sabes el nombre aunque sea?

No, nada. Me pasé el día de ayer caminando tratando de encontrarla, pero no la encontré. Pero si investigué el nombre del director de la película y vi en el internet otros videos de él y...

Anjá, y qué?

Y quiero ser como él. Quiero conocerlo. Tal vez si hago algo así pueda lograr que ella me haga caso.

Y qué coño tú sabes de películas Martín?

Bueno, yo sé que necesito una cámara para grabar y...

Bueno, si es una cámara lo que necesitas podemos ir donde mi primo, el que tiene la compraventa, y de seguro ahí encontramos algo.

Con eso podemos empezar. ¿Podemos ir a la hora de la comida?

Claro hermano, cualquier cosa para que te olvides de Ana.

Siguieron trabajando durante el resto de la mañana en el fino proceso artesanal de enrollar cigarros. El tabaco lo suficientemente añejado, las proporciones exactas, el ir y venir de las manos para darle la forma correcta, la hoja que lo recubre, la dedicación del enrollador y al final un producto de calidad, la perfección.

A las 11:42 Martín, ensimismado en el proceso de enrollar, escuchó una voz femenina pidiendo una caja de cigarros. Levantó los ojos por un segundo y allí la vio. Su diosa de pelo negro y vestido blanco. El cigarro que enrollaba se rompió. Carlos se levantó para ir a atenderla, pero Martín se apresuró cortándole el paso y llegando donde ella antes que él.

Hola, en qué te ayudo? le dijo él conteniendo los nervios y la emoción de verse tan cerca de ella por primera vez.

Hola, ando buscando una caja de cigarros. Le dijo ella con su angelical voz y su acento francés.

Esta es la de mejor calidad. Te la regalo. Dijo Martín sin pensar.

Oh, gracias. dijo ella.

Déjame ponerla en una funda. Mientras buscaba la funda se llenó de valor y por fin se atrevió a preguntar. Te acuerdas de mí, el sábado, en la película?

Ella lo miró por un momento, confundida, perdida, sin saber realmente qué contestar; hasta que por fin la educación y las ganas de no hacer sentir mal a alguien que tan emocionado se ve le respondió, ah, sí. ¿Cómo estás?

Martín sintió que el mundo entero desaparecía, ella lo había reconocido. - Muy bien. Te quería dar las gracias por haberme invitado a ver esa película.

Ah, de nada. Dijo ella sorprendida y sin recordar muy bien de qué él le estaba hablando.

Esa película me hizo querer ser artista, algo así como director de cine. ¿Tú eres artista? Le preguntó él con el corazón en la mano, tendido hacia ella, desnudo, angustiado, totalmente entregado.

Eh... qué bueno. Sí, yo soy pintora. Le respondió la diosa ya sintiéndose totalmente fuera de lugar.

Tal vez nos podamos juntar un día para que me des unos cuantos consejos y tal vez puedas salir en unas de mis películas. dijo él sintiéndose como un completo idiota mientras en su cabeza la palabra *estúpido* no dejaba de rebotar.

Si, tal vez. Mira, me tengo que ir. Gracias por los cigarros. Adiós. Y apresuradamente se marchó, sin dejarle un nombre ni un número de teléfono. Dejándole la misma incertidumbre que el sentía en el día anterior.

Me imagino que esa es la mujer de la playa. Le dijo Carlos con una sonrisa pícaro mientras veía como Martín la seguía con la mirada y con una cara de idiota.

Verdad que es la mujer más hermosa que has visto en tu vida? Fue lo único que Martín pudo articular mientras la veía montarse en un four-wheels con otro hombre y marcharse entre risas.

He visto mejores. Es linda, eso no te lo quito. Pero... Carlos iba a decirle que ella ni caso le había hecho, que la mujer ni siquiera parecía acordarse de ese momento que Martín llevaba grabado en fuego en el alma, pero lo pensó un segundo y desistió. Martín ni cuenta se dio.

Decidieron cerrar el negocio e irse a comer algo rápido, antes de ir a la compraventa del primo de Carlos a buscar la cámara que le iba a permitir a Martín iniciarse en la carrera de director. Luego de comer donde el chino, a petición de Martín, caminaron una cuadra más hasta donde la compraventa

“Lo tuyo es mío” del primo de Carlos. Un triste lugar donde las almas más en pena iban a empeñar sus cosas más preciadas, otras veces solo lo que se podían robar, todo para poder tener un plato extra de comida, para poder darse otra dosis de su droga favorita, tal vez para olvidar.

Manuel! Maldito vago, ven acá y dale un abrazo a tu primo. Grito Carlos mientras Martín comenzaba a buscar con los ojos a ver si veía una cámara.

Quién coño es... hey, primo. Tanto tiempo. ¿Y eso tú por aquí? Manuel abrió la puerta de metal que separaba a los clientes y los dejó pasar abrazando de paso a Carlos.

Que hay primo. Andamos buscando una cámara de grabar para este que se quiere meter a hacer películas.

Una cámara de grabar, déjame ver qué tengo aquí atrás. Dame un segundo.

Manuel se internó en el almacén de la compraventa mientras Carlos y Martín se entretenían con lo variopinto de los artefactos que se encontraban allí.

Una guitarra eléctrica colgando de una pared, unos anillos de graduación de universidad, un televisor, una peluca negra. Manuel volvió del almacén con tres cámaras.

Okey, esto es lo que tengo. Están estas dos digitales, esta última la perdió un gringo hace unos días nada más. Y tengo esta de VHS que tiene como 15 años ahí atrás cogiendo polvo.

Yo creo que esta funciona. Pensó en voz alta Martín mientras cogía la que más nueva se veía. ¿Cuál es el precio?

Esa está en diez mil pesos y la otra en ocho mil.

Manuel, no seas así. Somos familia, no uno de estos pendejos que vienen aquí. Bájale algo.

Manuel miró a Martín y a Carlos está bien, esa en ocho y la otra en seis. -
Martín miró a Carlos con cara de desesperación.

¿Y esta, en cuánto me la dejas? Preguntó Martín mientras cogía la vieja cámara de VHS.

Mira, esa vaina ha estado aquí desde hace demasiado. Con todo y el bulto y todas las vainas que tiene adentro te la voy a dejar en mil pesos para que te la lleves ahora mismo.

Excelente! Y cuánto por la peluca? Preguntó Martín emocionado al verse más cerca de su sueño. Carlos y Manuel se miraron desconcertados por la pregunta.

Mira, dame los mil pesos y coge la peluca también y váyanse.

Cinco minutos después, un feliz Martín caminaba fuera de la compraventa con su peluca en mano y el bulto de la cámara en su hombro.

Y mira, ¡hasta tiene los casetes!

Que bueno, ahora vámonos a trabajar, ya en la tarde averiguamos cómo funciona y vemos donde encontramos a tu mujer misteriosa.

Caminaron lentamente bajo el sol de mediodía que sutilmente va impidiendo que la fresca brisa del Atlántico se acomode mucho y cree la sensación de que en realidad no se encontraban en una isla del Caribe.

A las 5:57 decidieron cerrar la tienda y encaminarse al colmado de Luis a decidir cuál era el próximo paso a seguir. A medida que pasaba el día Carlos había decidido que iba a ayudar a Martín a cumplir su sueño. En todos los años que tenía conociéndolo, nunca lo había visto tan emocionado, tan sobrecogido por nada ni por nadie. Y total, qué importaba que la mujer no supiera quién él era, que importaba que ninguno de ellos no tuviera ni la más

mínima idea de cómo se hacía una película, que importaba que a él le pareciera todo esto una locura. Por lo menos ya Martín no pensaba en Ana, por lo menos se veía más feliz de lo que se había visto en demasiado tiempo, más feliz de lo que se había visto en toda su vida.

Caminaron las dos cuadras que los separaban del colmado de Luisa mientras Martín hablaba y hablaba acerca del director chino, de cómo no lo entendían, de cómo las imágenes, de cómo los sentimientos, de cómo él era el único en el mundo entero que entendía su obra y por qué quería conocerlo, por qué quería ser como él, de cómo la diosa de pelo negro y vestido blanco se iba a enamorar de él. Por fin llegaron donde Luisa, pidieron un pote de ron y se sentaron en la acera a descifrar la cámara.

Okey, veamos donde esto prende.

Nada. Tal vez si lo conectamos a la corriente. Martín procedió a conectar la cámara al tomacorriente más cercano. Al encenderla le dieron al botón de *play* y comenzó a rodar la película que se encontraba dentro. Era una película de una joven pareja de vacaciones, niños corriendo por la playa. La joven esposa comprando disparates en una tienda cualquiera del pueblo. La forma en la cual ella lo miraba, la forma en la cual se besaban cuando alguien más agarró la cámara por un momento.

Qué les habrá pasado? Se ven tan felices. ¿Por qué habrán vendido la cámara? Preguntó Martín mientras miraba las imágenes de una felicidad ajena pasar.

Quien sabe, a lo mejor la esposa lo dejó y se fue con un moreno. Lo importante es que ya tienes donde grabar. Por cierto, ya tienes idea de qué vas a grabar?

Sí, mi primera película va a ser una historia de amor y la voy a grabar donde los haitianos venden los cuadros.

Por un par de horas más siguieron bebiendo y jugando con la cámara. Martín contando sobre sus grandes planes, sobre cómo iba a enamorar a la diosa con su obra, sobre cómo su película se la iba a dedicar al director chino y de cómo a partir del día siguiente iba a empezar a enrollar dos tabacos...

Uno va a ser para ella y el otro para él, los mejores cigarros que se hayan enrollado en la historia.

Después de un rato Carlos se levantó y se fue a su casa. Martín se quedó unos minutos más terminando el ron y empacando su nueva cámara. Al terminar el último trago se encaminó hacia su casa, borracho, feliz, enamorado, lleno de esperanza y sueños ridículos de fama, arte y devoción.

Al llegar a la plaza la vio. Allí estaba ella de nuevo, magistral, tan bella como siempre, de pie al lado del mismo four-wheels, esperando, esperándolo. Con paso decidido se acercó a ella y la saludó.

Hola.

Hola. Contestó ella con una sonrisa, ay esa sonrisa, esos ojos, esos labios, esa belleza.

Soy Martín, el de la película, el de los cigarros esta mañana. la ansiedad, la ilusión, el alcohol.

Ah, hola, soy Emelie. Le dijo ella tendiendo la mano, esa mano de artista, esa mano llena de pintura, esa mano tan suave, tan otra cosa; la electricidad surcando todo el cuerpo de Martín al toque, sutil, femenino, de otra realidad ajena a la de él.

Mira, ya tengo mi cámara para empezar a rodar mi película. Te gustaría participar?.

Emelie lo miró con dulzura, como se mira a los niños cuando dicen un disparate, como se mira a los pobres locos que pululan por las calles de una ciudad turística, los tristes borrachos que venden sueños que nadie quiere comprar.

En ese momento llegó el hombre con quien ella se había marchado en la mañana, la llamó en francés. Ella le sonrió a Martín, le deseó buena suerte en su película y se marchó.

Emelie. Susurró mientras ella se alejaba con el francés, mientras ella no volvía la mirada, mientras él trataba de no darse cuenta de que ella lo consideraba un desquiciado, de que ella no le hacía caso, de que ella ni siquiera se acordaba ya de su nombre.

Martín se sintió excitado, se sintió vivo, se sintió como que le hacía falta un trago. Fue al colmado de la esquina y se compró otra botella de ron, se sentó en las escaleras de la plaza, ahí donde las putas esperaban a sus clientes y se sentó a beber, a compartir su botella con ellas; en silencio, simplemente mirando el mundo pasar delante de él.

Claro que ella le haría caso un día, por supuesto que abandonaría al francés ese... pero una idea quedaba clara en su cabeza, primero tendría que conocer al director chino, tendría que hacerse famoso con su película, tendría que enamorarla de la misma manera en que ella lo había enamorado a él; presentándole las emociones de manera visual.

Mientras cavilaba acerca de su futuro como director, mientras calculaba las diferentes clases de tabaco que utilizaría para hacer los dos mejores cigarros

nunca antes hechos, mientras se daba un trago y encendía otro cigarrillo, llegó Yuli la prostituta. Piel blanca, ojos oscuros, pelo ligeramente rubio.

Con tanto alcohol y con tanto amor corriéndole por las venas Martín creyó por un momento que era Emelie que había vuelto donde él; pero el pelo y la diferencia de tamaño rápidamente le rompieron la ilusión. Pero ya no importaba, por un momento pensó que era ella y por un momento deseó tenerla entre sus brazos. La diferencia estaba en que a Emelie no la podía tener, pero a Yuli la podía alquilar, aunque fuera por solo unas cuantas horas.

Se acercó a ella y simplemente le dijo vamos. Se montaron en un motor, Martín le dio la dirección y se perdieron por las oscuras calles del pueblo. Al llegar al apartamento de Martín ella empezó a desvestirse, pero él la detuvo. Le pasó la peluca negra, le dijo que se maquillara como si fuese china y que su nombre por la noche iba a ser Emelie.

Te va a costar más. le dijo ella tomando la peluca.

No importa lo que cueste, solo... date rápido.

Yuli/Emelie se dio rápido. Entró al baño y se puso la peluca, se maquilló los ojos hasta parecer una pobre imitación de una china y salió. Martín la tomó y le besó el cuello, la sostuvo entre sus brazos y le hizo el amor, con pasión la llamó Emelie querida, Emelie amada, Emelie de mi vida, la llamó hasta que se entregó a ella en el éxtasis que solo el orgasmo con la mujer amada puede producir. Al terminar se echó a un lado de la cama, le pagó a Yuli lo acordado y le dijo que se fuera. Lloró hasta que se quedó dormido.

La mañana siguiente Martín empezó a enrollar el tabaco de Emelie y el del director chino. No hizo otra cosa durante todo el día. Enrollar, empezar de nuevo, probar con diferentes porciones de tabaco, empezar de nuevo,

destruir, crear, amor, desengaño, pasión, artesanía, una y otra vez hasta que cayó la tarde.

¿Cuándo empiezas tu película? Le preguntó Carlos mientras se bebían una cerveza donde Luisa.

Mañana, así que no voy a ir a trabajar. Esta noche busco a mi actriz, la contrato y mañana grabo la película.

Bueno, le diré a Otto que estas enfermo o algo. Pero, ¿y quién es esta actriz?

Yuli, una de las muchachas que trabajan en la escalera.

Una puta, ¿tu actriz es una puta? [L]
[SEP]

Es complicado.

Martín esperó donde Luisa a que pasaran las horas, a las 11:42 se dirigió a la escalera y allí encontró a Yuli. La saludó como se saludan a las viejas amigas y le planteó la idea. Dos mil pesos por unas cuantas horas de trabajo en las cuales ella no iba a tener que quitarse la ropa ni vender su cuerpo. Solo actuar enamorada delante de una cámara. Ella aceptó, acordaron el punto de reunión y la hora. Martín se fue feliz, pensando en cómo grabaría su película; sin la más mínima idea de qué era la edición ni la postproducción, ni mucho menos en cómo se la haría llegar al director chino.

Camino a su casa vio una vez más a su diosa entrando a uno de los bares y saludando a Raúl, el portero. Se detuvo por un momento y esperó a que ella entrara. Caminó hacia donde estaba Raúl.

Martín! Tanto tiempo sin verte, me enteré de lo de Ana, lo siento hermano. Esas cosas pasan. ¿Cómo has estado?

Bien, bien. Mira, ¿y tú conoces a Emelie?

¿A quién?

¿A la francesa esa que acaba de entrar?

Ah, sí. Ella viene mucho aquí. Ella es pintora o algo así, mañana tiene una exposición aquí antes de irse.

El pánico atacó a Martín de repente. Irse, ¿a dónde?

No sé, pero sé que mañana tiene una exposición aquí. Si quieres pásate mañana en la noche y te dejo entrar.

Martín sintió que el mundo se le desintegraba bajo los pies. Le dio las gracias a Raúl y se encaminó hacia su casa. Esa noche no pudo dormir. Se la pasó escribiendo y reescribiendo su película con un lápiz de ojos que Yuli había olvidado; en el único papel que pudo encontrar en su apartamento, papel marrón de colmado.

Al despuntar la mañana cayó rendido por el sueño.

Despertó sobresaltado. Buscó su reloj con ansiedad, pero se tranquilizó al ver que todavía faltaba una hora antes de la hora acordada con Yuli. Se lavó la cara, se dio un trago de ron y encendió un cigarrillo. Esta era su única oportunidad. Esa noche iría a la exposición, le enseñaría su película y ella caería totalmente enamorada de él.

Martín salió de su casa, se compró un café y otro pote de ron donde el gordo y se encaminó hacia su destino, hacia la película que lo iba a hacer famoso, hacia la película que le iba a permitir por fin conocer al director chino y conseguir a la mujer de sus sueños.

Llegó a donde los haitianos. Ya Yuli se encontraba allí, totalmente distinta a la luz del día, inocente, humana, con su historia real a flor de piel. Hablaron un poco acerca de lo que él quería que ella hiciera, de cómo él quería que

ella se mostrará totalmente enamorada de la cámara, de él que se encontraba al otro lado de la misma. Se dio un trago de ron, le dio una a ella y le pasó la peluca negra.

Martín empezó a grabar. Yuli entrando al lugar, mirando tímidamente la cámara, enamorándose a primera vista de ella. Las pinturas que iban relatando una detrás de la otra el cómo se iba desarrollando esa historia de amor entre ellos, entre la cámara y el supuesto muchacho, entre ella y el hombre que le había pagado por sexo dos noches antes, que le había dicho tantas cosas bellas, aunque fueran bajo otro nombre, entre ella y este hombre desquiciado que ahora se encontraba detrás de la cámara. Yuli dejó de actuar y simplemente se empezó a enamorar de él.

Media hora después todo había concluido. Una sola toma, burda, cruda, pero totalmente apasionada.

Yuli se acercó a Martín y lo besó en la boca con pasión, con entrega, con el amor y la ilusión con que solo una puta puede besar al sentirse enamorada. Martín la besó de vuelta, por su pelo negro, por el alcohol en la sangre, por la ilusión de que era Emelie, y como tal la llamó al terminar el beso. Yuli lo miró, con lágrimas en los ojos tiró la peluca al piso, sabiendo que él no la besaba a ella, que besaba a esa otra mujer que él quería ver en sus ojos, lo miró y huyó, corriendo hacia un futuro roto, sin amor, sin ilusión.

Él se quedó allí parado, la cámara colgando de su hombro. Sin saber realmente qué estaba pasando, por qué Yuli huía; sin importarle en realidad. Su película estaba ya terminada, faltaban solo unos minutos antes de que Emelie viera su obra maestra, antes de que todo su destino iniciara.

Se detuvo un momento donde Luisa a comprar otra botella de ron, a celebrar junto con su cámara y el cigarro de Emelie. Celebraba su película, celebraba su futuro, celebraba que pronto iba a conocer al director chino, celebraba que

le iba hoy a enseñar su opera prima a su diosa de pelo negro y vestido blanco, celebraba que por fin tenía más de una razón para vivir.

A las 7:42 enfiló sus pasos al bar donde Emelie tenía la exposición de sus pinturas. Al llegar, Raúl lo dejó pasar. La obra de Emelie no tenía nada que ver con las pinturas de los haitianos. Eran otra cosa, transmitían emociones diferentes, algo más sublime, más trabajado, mejor terminado, algo plasmado en un lienzo por la mano de una diosa. O por lo menos así lo percibía Martín en su delirio etílico y romántico.

Martín caminó por el bar, chequeó la exposición dejándose llevar por ese algo inexplicable que le había arrebatado el vacío cuando vio por primera vez a Emelie, cuando se sentó a ver la película del director chino, cuando el sol ascendió y lo despertó del sopor de la soledad y una vida sin significado.

Por fin la vio, su diosa de pelo negro y vestido blanco. Tan divina como nunca, tan hermosa como siempre. Con paso decidido se acercó a ella, repitiendo en su cabeza una y otra vez el discurso que había preparado en su cabeza.

Hola. Dijo él con una confianza fingida.

Oh, tú de nuevo. Dijo ella con algo que a él le sonó como reconocimiento, como un paso en el camino correcto. [L
SEP]

Ya terminé mi película. Aquí la tengo para enseñártela si la quieres ver.

Ah, estoy algo ocupada ahora, tal vez otro día. Dijo ella empezando a caminar.

Okey, claro. Te traje un regalo. dijo él mientras caminaba junto a ella y sacaba el cigarro.

Gracias, pero no fumo.

En ese momento llegó el francés y empujó a Martín mientras discutía intensamente en francés con Emelie. Ella empezó a rebatirle, a decirle que ni siquiera conocía a ese demente con la cámara y el cigarro. El francés continuaba incomodándose, continuaba gesticulando y vociferando mientras ella lloraba desconsoladamente, hasta que por fin le gritó *c'est fini* y salió por la puerta sin siquiera dar una mirada atrás, dejando a Emelie de pie, llorando desconsoladamente mientras algunos amigos venían a consolarla. Martín trató de acercarse a ella, pero los amigos se lo impidieron. Raúl se acercó y lo tomó del brazo, acompañándolo hacia la salida.

Camina hermano, es mejor que te vayas ahora.

Pero, Emelie...

Caminó por la playa con el cigarro en una mano y la cámara en la otra reproduciendo la película, Yuli mirándolo enamorada. Se repetía que todavía tenía una oportunidad de arreglarlo todo, que si tan solo pudiera acercarse a ella una vez más, pero tenía que ser de otra forma, tenía que llegar donde el director chino primero, tenía que enseñarle su película, tenía que hacerse su amigo, tenía que presentar su película en una playa en la madrugada y hacer que ella se enamorara de él de la misma manera en que él se había enamorado de ella.

Por lo menos aún me queda Wong, el me ayudará... Se repetía Martín una y otra vez hasta que quedó dormido en la playa. Cuando se despertó ya era pasado el mediodía. Llamó a Raúl para averiguar sobre el paradero de Emelie.

Martín suelta eso. Según pude escuchar ella se iba del país hoy temprano en la mañana. Seguro ya se fue.

Martín colgó el teléfono, se sentó en un banco... lentamente sacó una foto del director chino en blanco y negro que había impreso el primer día.

Solo me quedas tú ahora, solo tú me la vas a traer de vuelta.

Deambuló con un cigarrillo en la boca y un pote de ron en la mano. Caminó sin rumbo por las calles del pueblo, tratando de pensar en cómo llegar donde Guon.

Al caer la tarde llegó donde los pescadores, allí vio un turista tirándole fotos a las yolas de los pescadores.

Por donde está China señor.

Ves por donde está cayendo el sol, hacia allá.

Martín supo en ese momento exactamente lo que tenía que hacer, toda su vida había caminado hacia este momento, hacia este lugar. Sacó sus ahorros que había guardado en el bulto de la cámara y se acercó a un pescador. Luego de una conversación corta puso su bulto en una de las yolas que se encontraban en el área. Sacó los dos cigarros que tenía en el bolsillo de su camisa. Guardó el de Wong en el bulto y encendió el de Emelie. Uno, dos, tres copazos, el humo ascendiendo mientras el sol se rendía ante el cansancio de un día demasiado largo, mientras Martín se rendía ante lo inevitable.

Empujó la yola hacia el mar, se montó sobre ella y empezó a remar hacia occidente, persiguiendo al sol, remando hacia lo único que le quedaba en la vida, remando hacia china, hacia Guon.

MIENTRAS DORMÍAS



Mientras dormías fui tallando tu boca entre mis dedos, compaginando cada uno de mis recuerdos con esa realidad que yace dormida a mi lado. Amándote como aquel primer día en que nos caían las gotas de lluvia y nos encontrábamos en cada parque y en cada árbol y en cada bar. Omnipresentes, absolutos, maniqueos como lo ha sido siempre nuestro amor, que es más que amor, que es llanto y suspiro, negación, odio, pasión, desenfreno, dientes ensangrentados, mordidas entre los muslos, lágrimas y adiós. Pero ya no duermes, ya no estás allí cada vez que te busco con mi mano que se queda vacía; suspendida en el tiempo, esperando, hasta que me detengo y vuelvo la mirada solo para darme cuenta de nuevo que no eres más que un recuerdo,

que ya nunca vendrás a tomar mi mano, que el camino que me queda lo tendré que recorrer yo solo, que todas aquellas que traten de tomar mi mano, de entrelazar sus dedos con los míos, sus vidas con este cascarón que has dejado, fallarán. Y será siempre mi culpa. Y siempre será tu culpa.

Mientras dormías recorrí tu cuerpo con mis dedos, memorizando cada curva, cada lunar, cada uno de esos defectos de los cuales ya nunca te quejaras y que me atormentan en esta cama vacía, en estas noches largas y sin sueño, en ese humo que se escapa de mi boca y que toma tu forma, que baila sobre mi insomnio y lo hace aún más insoportable. Tan insoportable como aquellas lágrimas, como aquella sombra que se aleja a cada momento, congelada en el tiempo, destruyendo el marco de la realidad, evadiendo el que fue un día nuestro espacio, abandonando la habitación que era más que una habitación, que era un templo, un universo donde creábamos a cada momento ese amor que era tan nuestro y que ahora es tan ajeno, tan extraño, tan vacío.

Mientras dormía mis demonios te atormentaban, te rompían a pedazos y se confundían con los tuyos, desgarrándote el alma y reduciéndola a un eterno retorno de llantos y prisión. Y todas las promesas de infinito y eternidad se vieron de repente sometidas a un puesto de chequeo donde la vida es mucho más mundana, donde las nubes grises de la cotidianidad te hicieron olvidar que por toda la eternidad significaba sangre y sudor y llanto; pero no te culpo, pero siempre te culparé. El silencio, los recuerdos, la baba cayendo en mi hombro y tu allí, sentada en una esquina sin poder parar de llorar, pensando en un futuro que nunca, nunca va a llegar. Con los demonios y los fantasmas y los miedos y la ansiedad y el precipicio tan, tan, tan cerca. Y yo durmiendo la borrachera, y tú decidiendo que ya la eternidad había llegado a su fin.

Mientras dormíamos el mundo cambió y no nos dimos cuenta; y en su cambio nos arrastró y nos destrozó la piel, nos mojó el alma y los ojos, nos

cambió el pelo, las uñas, la lengua. Nos apagó el fuego que siempre juramos nunca iba a dejar de quemar. Así nos fuimos alejando en nuestros sueños y cual chamanes oscuros, fuimos invocando nuestra propia destrucción, otras vidas, otros sueños, otras realidades tan distintas a la nuestra, sin esos besos, sin esos dedos, sin esos domingos por la mañana. Y así, sin aceptar que tanto lo queríamos, nos fuimos alejando hasta el punto en que la cuerda que nos unía no pudo estirarse más. Entre ojos inundados, entre labios temblorosos, entre miedo y fatalidad uno de los dos tenía que cortarla, uno de los dos tenía que hacernos libres de nuestro amor.

Mientras dormía me dejé llevar por la tranquilidad de la noche, convencido que cuando despertara aún nos tendríamos, aún nos odiaríamos con extraña pasión y devoción maldita. Y dormí. Convencido de un futuro juntos, de un despertarnos como cada mañana, entre café y cigarrillos y una conversación que nunca parecía terminar. Por primera vez tranquilo de que al final podía descansar en un puerto seguro, con ambos ojos cerrados y confiando en la protección de tus besos, en el calor de tus abrazos, en la fuerza de nuestro amor, en la convicción de nuestra obsesión; todo sin darme cuenta de que mientras dormíamos se nos moría el amor entre los brazos.

Dedicado a Ella, a ella Y a ellas.

